BRUGUERA

BOLSILIBROS

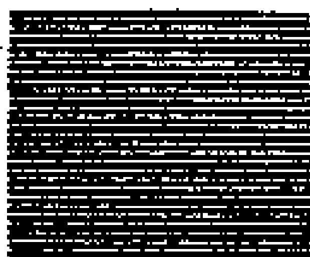
FUTURO

HEROES ESPACIO

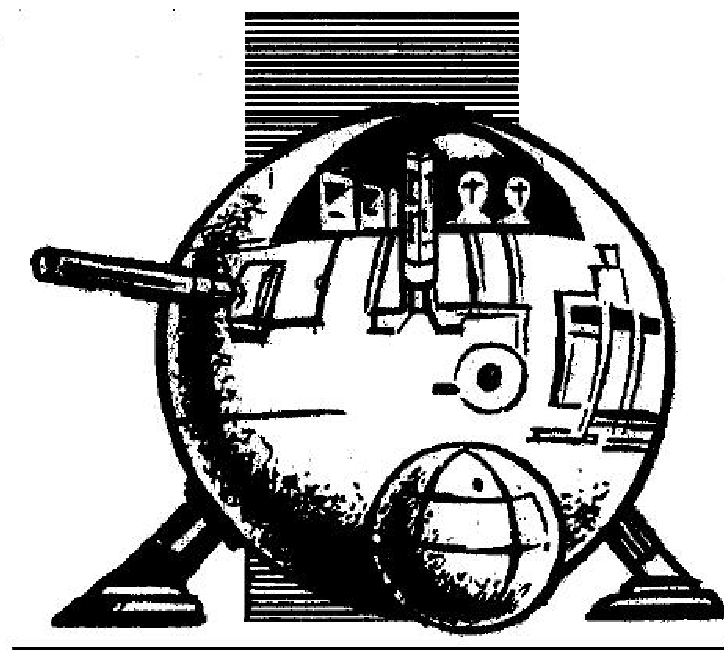
# EL SEÑOR DEL TIEMPO

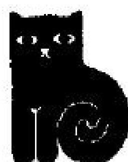
CURTIS GARLAND





héroes del ESPACIO





ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

**Servicio Secreto**
**Punto Rojo**
**Selección Terror**
**La Conquista del Espacio**

# CURTIS GARLAND

# EL SEÑOR DEL TIEMPO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 226 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal; B. 35.80l-1984
Impreso en España - Printed in Spain
1. ª edición en España: diciembre, 1984
1. ª edición en América: junio, 1985


Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera**, S. **A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

## Prologo Uno
## AÑO 2000 A. C.

Atonamhat I sabía que había sido asesinado.

El joven faraón de la XII Dinastía caminó lentamente por la amplia sala, deteniéndose ante el gran ventanal asomado a la ciudad de Menfis, capital del Imperio. Contempló los edificios, las lucecillas distantes, las palmeras en sus grandes avenidas enfiladas hacia el suntuoso palacio donde él moraba, los soldados alineados allá fuera, con sus relucientes armas en la mano, como símbolo de protección hacia su rey y señor, el Dios viviente, el faraón.

Todo aquello le pareció irónico y paradójico. El sabía que nadie podría ya protegerle de modo alguno. Llevaba la muerte dentro de su ser, alojada en su joven cuerpo alto y esbelto, arropado con la suntuosidad de los tejidos regios. Su cabeza, rematada por el tocado real, sufría ya los primeros acosos del mal asesino.

—Dentro de poco moriré —murmuró hablando consigo mismo y aferrándose a un cortinaje junto a la estatua de Anubis—. Moriré sin que el pueblo sepa jamás que mi primer sacerdote, Kamosis, ha sido mi asesino...

Caminó despacio, sintiendo el efecto lento e implacable del veneno en todas sus vísceras. Un frío progresivo se iba apoderando de sus miembros. Una pesadez y una lasitud crecientes, se adueñaban de sus reflejos, pensamientos y movimientos físicos: Incluso tuvo el valor de sonreírse de su propio infortunio. El, amo y señor de todo Egipto, poderoso sobre los poderosos, monarca y dios viviente, cuya palabra era ley, cuya voluntad era credo, iba a morir allí, en la mayor impotencia, sin capacidad siquiera para castigar a su vil asesino, un hombre demasiado astuto y despiadado para recibir la condena exigida por un crimen de tal magnitud.

Kamosis tenía casi más autoridad que él, dominaba a todo el palacio, poseía el máximo poder imaginable. Su condición política y religiosa hacían de él un hombre intocable ante todo Egipto. Ni él mismo, el faraón, podía acusarle de su cercana muerte, detectada ya por el físico y presentida por él mismo.

El veneno era lento pero seguro. Surtiría su efecto esa misma noche. Atonamhat I sabía lo que su sacerdote dijera a todo el mundo al informarles de su dolencia fatal.

—No hagáis caso de lo que nuestro joven y amado faraón diga en las horas que le quedan de Vida. Delira, y su mente se ha trastornado con el efecto del tumor incurable que le acecha: Morirá en pocas horas, aparentemente sano, pero devorado por ese mal que afecta a su razón y sus sentidos. Será capaz de creerse acosado, perseguido, odiado y atacado. Todo es falso, fruto de su desdichada mente enferma, como los físicos pueden confirmaros. Seamos benévolos con nuestro rey y señor, y esperemos su descanso eterno confiando en la bondad de los dioses…

Así de sutil, así de artero, gozando de la complicidad de los físicos y de muchas otras personas, coaccionadas o sobornadas por Kamosis, el sumo sacerdote de Menfis llevaba a cabo su diabólico plan criminal, para elevar al trono de Egipto a su propia hermana, la princesa Hasamat, que sería fácil presa en manos del ambicioso sacerdote, dada su temprana edad de nueve años.

Todo estaba planeado, previsto de antemano para que Kamosis alcanzase el máximo poder imaginable, en el país más rico y próspero del mundo, eliminando a la única persona que se interponía entre el y sus anhelos de grandeza: el propio faraón, tan joven corno inteligente y decidido.

Salió a la amplia terraza asomada sobre los hermosos jardines de palacio. En el cielo las estrellas lejanas lucían esplendorosas. Allá en la distancia, el Nilo sagrado regaba los fértiles campos egipcios como don de los dioses a un pueblo trabajador y honesto. Atonamhat I amaba a su pueblo, a su gente, a su país. Y temía ahora por ellos. Quedaban en malas manos al morir él. En las peores imaginables. Para Kamosis no existía nada que no fuera su propia ambición, su codicia y su falta de escrúpulos. Sería un rey en la sombra, un manipulador de su pobre hermana Hasamat, un intrigante incapaz de todo, incluso de matar también a la reina cuando ella pudiera significar un estorbo.

Una dolorosa punzada en el corazón detuvo los pensamientos del joven rey. Se dejó caer en su asiento, junto a los arbustos aromáticos. Se apretó el pecho, respirando hondo.

—El veneno… —jadeó—. Va surtiendo efecto. Ya queda poco…

Contempló las estrellas con gesto convulsivo. Sentía un gran pesar en abandonar la vida. Como buen egipcio, hacia un culto a la muerte, pero no deseaba aún embarcarse en el definitivo viaje al

reino de las sombras para ser recibido por el tenebroso Anubis. Aún se sentía aferrado a la vida, a su juventud, a su vitalidad plena, a sus deseos de seguir disfrutando de las cosas de este mundo y no tener que esperar en el otro a que sus frutos, viandas y joyas le acompañaran por una eternidad en la fría y oscura tumba construida para él por los esclavos en la necrópolis regia próxima a la capital del Reino. Una estrella fugaz cruzó remota el espacio azul oscuro.

—Si al menos pudiera hacer justicia todavía, castigar a Kamosis, salvar a mi hermana de su maléfica influencia... —musitó sintiendo el frío de la muerte en lo más hondo de su ser.

Volvió a incorporarse, caminó por las grandes baldosas, apoyando en la balaustrada de blanca piedra asomada a los jardines y a la alameda flanqueada de enormes estatuas de piedra representando a las divinidades egipcias. Oyó el murmullo lejano de voces en oración solemne y lúgubre. Se estremeció. Sabía lo que era. La gente rezaba por él. Las plañideras llorarían. Los sacerdotes invocarían a los dioses, el sándalo, y el incienso arderían aromáticos en los plebeteros, los escribas relatarían ya sus gestas reales en los papiros, los embalsamadores de la Casa de la Muerte estarían preparando las aromáticas resinas y especies para convertirle en momia por los siglos de siglos venideros...

Se rebeló contra todo esto. No quería morir, no deseaba ser sepultado con todos los honores y pompas, sumergiendo al país entero en jornadas de luto oficial, en llantos y lamentos, mientras Kamosis realzaba públicamente las virtudes del joven monarca fallecido, lloraba aparentemente con dolor profundo, e interiormente se alegraba de su triunfo, gozoso y feliz tras la máscara imperturbable de su rostro ascético, duro y frío bajo la cabeza rapada y solemne.

—¡No! —gritó, frenético, alzando sus brazos al cielo patéticamente—. ¡No quiero morir! No deseo morir, oh, dioses. Yo quisiera vivir siempre, vivir eternamente si es preciso, pero no morir ahora ni nunca, disfrutar de mi juventud, de mi existencia en este mundo que amo. ¡No permitáis, oh, dioses, que ese infame asesino, ese villano feroz y ambicioso, se salga con la suya!

Cayó abatido, tras ver de nuevo aquella estrella fugaz surcando los cielos, consciente de lo inútil, de lo estúpido e insensato de sus deseos, de sus clamores al vacío silencio de la noche. De su última

noche en este mundo...

—Morir... Morir así, joven, lleno de vida, asesinado por una mano cobarde y criminal, por la mente de un ser depravado, sinuoso y ávido de poder y riquezas... —jadeó apagadamente con dolor físico y moral— ¿Por qué, entonces, tuve que nacer? ¿Qué misterioso destino hace al hombre venir al mundo sin desearlo, gozar de la vida durante un tiempo breve casi siempre, para después serle arrebatada la vida que él no pidió jamás? ¿Por qué actúa así una mano feroz e implacable, que atribuimos a los dioses, pero que casi siempre es la del hombre, llámese ministro o sacerdote infiel, médico ineficaz..., o de la propia persona que ha de morir, por descuidar su propia atención y abusar de su salud y de su vigor, en vicios, pecados o excesos simplemente que su naturaleza no admite? Morir viejo, agotado, cansado de existir, es aún natural y hasta comprensible, pero dejar de existir siendo joven, vital, ansioso de nuevas experiencias, deseando conocer el futuro, vivir intensamente a ser posible... Oh, dioses ¿por qué sois tan crueles con los humanos? ¿Por qué serlo también conmigo, a quien paradójicamente, los leales siervos y vasallos llaman Señor de la Vida y de la Muerte, Amo de los Pueblos y de las Almas, Señor del Tiempo y Dios Viviente de todo los Egipcios? ¿Por qué, por qué todo esto? ¿Por qué la muerte? ¿Por qué terminar así lo que apenas ha empezado?

Era una voz desesperada, patética y angustiosa. La voz de un hombre joven, de apenas veinte años cumplidos. La voz de alguien que no deseaba morir. Pero que, fatalmente, estaba condenado a muerte desde que un artero sacerdote le introdujera el mortífero veneno en la sangre, en las vísceras, mediante una pócima mezclada con sus alimentos...

La estrella fugaz se había hecho repentinamente más grande en el firmamento nocturno. De repente, un gran resplandor llegó del cielo. Una especie de bola de fuego flotó sobre el palacio real de Menfis. Los guardianes aterrados, soltaron sus armas y huyeron. La noche se hizo día durante unos instantes, y los jardines y terrazas reales se llenaron de claridad azul.

Sorprendido, Atonamhat I levantó la cabeza y, con ojos deslumbrados, trató de ver a qué se debía el extraño fenómeno. No sintió miedo alguno, tal vez porque un hombre que va a morir difícilmente teme ya nada de este mundo.

Contempló la luz, situada encima mismo de aquella amplia terraza. Era como un halo misterioso suspendido en el vacío. Igual que sí una estrella fugaz hubiera descendido, en imposible caída, desde la bóveda celeste.

Paulatinamente, la luz se fue extinguiendo. Pero no del todo. Quedó un vago resplandor plateado en la terraza regia, ante el asombro creciente del faraón. Este dio unos pasos hacia aquella luz. Sus sandalias doradas, salpicadas de lapislázuli, diamantes y rubíes, resonaron suavemente sobre el alabastro de las losas.

—¿Qué significa esto?—se preguntó el agonizante faraón en voz alta, dominando su propio dolor agónico—. ¿Qué luz es ésa?

Inesperada, casi mágicamente, la luz se hacía materia, y de aquella forma luminosa posada sobre la terraza del palacio real, emergía una figura humana evanescente y que, poco a poco, se hizo más y más sólida, más y más corpórea, hasta transformarse, de modo definitivo, en un ser humano.

Era una mujer.

Atonamhat I lanzó una imprecación de pasmo. Retrocedió unos pasos, vacilante, inseguro, casi asustado.

—¿Qué? —musitó— ¿Quién eres, cómo osas penetrar en el recinto real sin permiso? Las mujeres no pueden acceder a estos aposentos, los sacerdotes y los guardias lo impedirían...

Ella le miro larga, fija, silenciosamente. Era una extraña mirada la suya. Profunda, cálida y fría a la vez. Los ojos eran rasgados, oblicuos, extrañamente luminosos, casi fluorescentes en la noche, de una fantástica tonalidad verde irisada, con fulgores dorados y violáceos. Su piel era sedosa y ambarina, su boca carnosa, de un irreal tono azulino. Las uñas de sus dedos, largos y sensitivos, eran de un plateado fosforescente al moverse con gracia y armonía sus manos aladas, gráciles como aves livianas en movimiento.

—Soy Astrix —dijo ella con voz susurrante, en perfecto lenguaje egipcio—. Nadie necesita permitirme nada. Puedo ir adonde quiera. Pero esta vez no ha sido así. Estoy aquí por accidente. No me culpes de turbar tu quietud y tu soledad.

—Mujer, no sé quién eres ni de dónde vienes, pero no turbas nada. Estoy solo, pero no quieto ni tranquilo. Estoy agonizando.

—Eso me pareció oírte —asintió ella sorprendentemente—. O al menos, así interpreté tus palabras. Hablabas de la vida y de la

muerte. No quieres morir. Deseas vivir. Vivir siempre, eternamente si es posible, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —notó ahora que parecía desnuda pero no lo estaba realmente. Sólo que una especie de tenue ropaje transparente, cómo vidrió azul, envolvía aquél armonioso cuerpo de mujer—. He sido envenenado. Mi muerte es inevitable.

—Todo veneno tiene un antídoto —sonrió la fantástica desconocida.

—Este, no. Mi único físico de confianza me lo ha confirmado. Mi asesino se aseguró bien de eso cuando me lo administró. Voy a fallecer en breve, ya siento los efectos letales de la sustancia asesina. ..

—Y no deseas morir —ella te miraba larga, fijamente todavía.

—No, no lo deseo. Pero eso, nadie puede evitarlo salvo los dioses —miró amargamente a las figuras de piedra alineadas en la alameda, ahora vacía de asustados guardianes—. Y mucho me temo que los dioses en quienes tanto creí siempre, no sean mucho más que eso que se ve ahí, ídolos de piedra sin fuerza ni poder decisorio alguno sobre la vida y la muerte de los hombres...

—Algo de verdad hay en lo que dices, faraón —sonrió la misteriosa, irreal mujer—. Pero sí existe Algo en el Universo que rige esas cosas. Algo que está muy lejos de vuestras convicciones religiosas, lo admito.

—Sigo sin saber quién eres, por qué hablas así..., y cómo llegaste hasta aquí. —El faraón miró hacia donde antes viera la luz—. Ahora sólo vislumbraba una especie de sombra, una forma borrosa opaca, que parecía un óvalo, posada sobre las baldosas de alabastro en la azotea real.

—Te seria muy difícil entenderlo, Atonamhat —advirtió ella suavemente—. Ya te he dicho que mi nombre es Astrix. Vengo de muy lejos. De tan lejos que jamás podrías concebir una distancia semejante. Pero lo que importa para ti es que yo, precisamente yo..., podría concederte lo que has pedido. Esa vida eterna que deseas ahora, a las puertas de la muerte.

—Mis sacerdotes también me ofrecen una vida eterna —sonrió amargamente Atonamhat I, moviendo la cabeza—. Una vida dentro de un lujoso sarcófago de oro con las vísceras disecadas en un estuche sagrado, sepultado en una hermosa cripta por los siglos de

los siglos.

—No es eso lo que yo puedo ofrecerte. He escuchado tu demanda y puedo complacerla, puesto que un accidente casual me ha traído aquí esta noche.

—No puedo creerte. Ningún ser viviente podría darme la vida ya.

—Eres incrédulo, ¿verdad? Es igual. Yo debo irme, pero ya tienes concedido lo que pedías: El asombro de quienes te esperan ver morir hoy será muy grande, te lo seguro. Vivirás, faraón. Morirás un día, como muere todo ser viviente. Pero te he concedido algo más que una larga vida. Tus deseos se verán cumplidos. Volverás a nacer una y otra vez. Serás, realmente, Señor del Tiempo, como aquí té llaman tus vasallos. Porque pasaras por ese Tiempo como algo eterno y constante, algo que no muere. Recuerda que tu deseo es ya realidad. Pero nada ni nadie, salvo yo misma, podría cambiarlo un día en el futuro. Tú deseas la vida eterna y la tendrás. Gozarás de mil, un millón de vidas distintas. A cada muerte, reencarnarás a otro ser diferente y volverás a vivir una existencias completa, un ciclo vital que, al llegar a su fin, emprenderá de nuevo el inicio, en un círculo infinito. Recordando siempre tus otras vidas, para que tengas noción del tiempo transcurrido y de lo inmenso de una eternidad.

—No puedo creerte. Me estás engañando con una dulce mentira, mujer. Ni tú ni nadie puede conceder tanto a un mortal, y menos a mí ahora, en mi agonía irremediable... —se lamentó el faraón, entre dolorido e indignado.

—Lamento que no me creas. Pronto comprobarás que Astrix decía la verdad. Ahora, debo irme ya —miró a la forma opaca posada en tierra, que comenzaba a tomar su aspecto luminoso de antes, de forma paulatina—. Mi astronave intergaláctica está ya reparada. La avería casual se autorreparó como esperaba.

—No entiendo tus palabras...

—Es igual. No tienes por qué. A ti te basta con vivir. Lo ansias tanto, joven monarca... —suspiró ella, mirándole dulcemente—. Ojalá nunca te arrepientas de lo que deseas hoy con tanta fuerza.

—Si fuese cierto, si pudiera vivir eternamente…, nunca me cansaría de ello, Astrix.

—Eso dicen todos los humanos, pero dudo que esa convicción fuese eterna. Te dejo, faraón. Debo volver a mi mundo. Y aunque viajo velozmente, tardaré en llegar.

—¿Tu mundo? ¿Cuál es? ¿Dónde está? —se interesó el joven monarca, acercándose a ella.

—No me creerás, pero te lo diré. Mira allá, al fondo de la noche, en el confín de los cielos. ¿Ves aquella mancha luminosa remota, en forma de espiral?

—Sí... —los ojos de Atonamhat I contemplaron asombrados, casi sin vislumbrarla, la remota forma fosforescente, como un vaho luminoso en la inmensidad celeste—. Pero..., pero eso está en las estrellas...

—Está más allá de las estrellas, faraón. Se llama Andrómeda y en un futuro lejanísimo será alcanzada por hombres que distan de ti millares y millares de años, cientos de siglos en el Tiempo. Hasta entonces, será inaccesible para todo ser de este mundo. En Andrómeda existe un pequeño mundo de luz llamado Kron. Allí está mi morada. Yo también soy eterna, como tú lo vas a ser. La Gran Maestra Galáctica Astrix, en su accidental viaje a la Tierra, te ha dado la vida para siempre. Espero que sepas disfrutar de ese don único. Hasta nunca, Atonamhat.

—¡Espera! —rogó él, tembloroso, sorprendido, notando que ya no experimentaba dolores, sudor frío ni espasmos—. Dime, cuando menos, cómo esperas viajar hasta tan lejanos confines... Nadie puede viajar por el cielo. Astrix.

—Yo, si. Y llegará un día en que semejantes tuyos lo hagan también, yo lo sé. Pero aun así, Andrómeda está lejos, muy lejos. Mi nave lumínica tardaría dos millones de años en llegar allá a la velocidad de la luz. Pero cuando me proyecto con esa nave en el infinito, nos convertimos en pura energía invisible, y nos trasladamos con increíble rapidez a través del espacio. Aun así, será un largo viaje de retorno a casa. Adiós, faraón amigo. Me alegra haber salvado una vida de manos de un criminal. Pero me quedan dudas de que el don que te concedo te sea tan útil y amado como tú esperas hoy... Adiós. Y suerte. Debo irme ya —advirtió, penetrando en el halo luminoso que volvía a ser el óvalo opaco hasta entonces.

—¡No, no, espera un poco más, Astrix! —rogó con infantil entusiasmo el joven faraón, alargando sus brazos hacia la hermosa desconocida.

Tuvo que retroceder, entre asombrado y fascinado. La forma oval se hizo todo luz, de nuevo cegadora, resplandeciente, de un

fantástico azul deslumbrador. Se elevó veloz en el cielo, remontó las grandes estatuas divinas, las elevadas palmeras, los altos muros amurallados del palacio real.

Como una estrella fugaz se perdió en la negrura de la noche, fundiéndose con las estrellas lejanas. Maravillado, Atonamhat I siguió con ojos incrédulos aquel viaje hacia lo imposible de la bellísima mujer de otros mundos…

—Astrix, gracias… —musitó—. Gracias por darme la vida. Algo me dice que no me has engañado, que realmente estoy a salvo de Kamosis y sus intrigas…

La guardia real, que volvía ya, reforzada por varios escuadrones armados, se detuvo, atónita, en el acceso a la terraza real. El faraón se volvió a ellos, majestuoso y enérgico. Su voz, firme y sin temblores, ordenó rotunda:

—Haced venir a mi presencia al Sumo Sacerdote, Kamosis. Y dejad llantos y oraciones. No voy a morir. Estoy sano. He vencido al veneno y a la muerte…

Demudados, los guardianes asintieron, retrocediendo ante el joven lleno de vida que se enfrentaba a ellos.

Crónicas halladas en viejos papiros egipcios del año 2000 antes de Cristo, señalan que un joven faraón, Atonamhat I, de la XII Dinastía, hizo ejecutar públicamente a un sacerdote intrigante y asesino llamado Kamosis, vivió largamente una próspera época de su país, y murió de viejo en Menfis, con una extraña complacencia, como si algo le dijera que con su muerte no hacía otra Cosa que iniciar una nueva vida…

## PROLOGO DOS
## AÑO 1935 D. C.

El padre O'Rourke miró asombrado al hombre que acababa de terminar su confesión en aquella celda de la penitenciaría de la ciudad.

—Dios mío… —murmuró—. Tal vez deberíamos hablar con los médicos. Es posible que conmuten la pena capital por la de reclusión en un centro psiquiátrico, hijo mío…

El reo sonrió tristemente y miró al religioso con grave expresión. Luego meneó la cabeza con aire resignado.

—No, padre, no estoy loco —murmuró—. Le he dicho la verdad, por increíble que parezca. Mi vida empieza realmente ahí, donde le dije: hace cuatro mil años, en el Antiguo Egipto. Yo fui Atonamhat I. Como he sido después a lo largo de la Historia, artesano babilónico, oficial griego, senador romano, marino del Islam, combatiente de las Cruzadas en la Edad Media, samurai en Japón, santón en la India, pintor en el Renacimiento italiano, aristócrata en el Siglo de Oro español, actor teatral en París durante la Revolución francesa, llanero en la conquista del Oeste americano, escritor en la Belle Epoque…

—He venido a escuchar otra clase de confesión, hijo — habló pacientemente el cura—. Es tu última noche. Vas a ser ejecutado antes del amanecer por un crimen que insistes en afirmar que no cometiste tú…

—Y así es, padre. Admito que mi vida en esta turbulenta época de los años veinte y treinta en América, ha distado mucho de ser ejemplar. Sobrevivir en este ambiente es duro. He luchado sin demasiados escrúpulos por hacerlo lo mejor posible. He cometido delitos, pero jamás un asesinato. Ese que me imputan es falso. He traficado en alcohol, porque considero absurda y ridícula esa ley que prohíbe beberlo, pero no he matado a nadie ni he ejercido la violencia sobre persona alguna. Sin embargo, seré ejecutado en la silla eléctrica por un crimen que no cometí. Es igual, padre. No me asusta la muerte. Ya no. Sé que no es el final. No es *mi* final. Volveré a vivir de otro modo, en otra época, en otro lugar, en otro tiempo, con otra personalidad. Pero mi memoria seguirá recordándome

implacable, cruelmente, todas mis existencias anteriores a lo largo de una eternidad de cuatro mil años. Empiezo a cansarme de este juego, sin embargo. Astrix tenía razón. Ella lo sabía. Me ha costado siglos y siglos comprender que era así. Incluso vivir siempre puede llegar a cansar. Es agotador evocar el pasado, un pasado sin principio ni final. Tal vez debí dejarme morir aquella noche, victima de la infamia de un sacerdote ambicioso. Ahora, Atonamhat I sería solamente esa vieja momia pérdida en cualquier museo egiptológico del mundo, y no un simple cuerpo vacío, del que huyó mente, consciencia y alma, para alojarse en otro cuerpo físicamente idéntico, pero separado de él en el tiempo. Y así hasta el infinito, padre O'Rourke.

El sacerdote miró a su interlocutor, ataviado con el gris plomizo del uniforme carcelario y el número de recluso en el pecho, alumbrado, crudamente por la lámpara del lóbrego corredor, más allá de las gruesas rejas de la celda de la muerte. Por las baldosas, se resonaban los pasos monocordes de un celador, a la espera de que terminase la entrevista final del reo con su confesor.

—Quisiera creer en tus palabras, pero me resulta difícil. Sé que una persona que va a morir no acostumbra a mentir, pero en tu caso me siento confuso. ¿Quién puede aceptar esa historia como verosímil? Sería como admitir que la inmortalidad existe.

—¿Por qué no ha de existir?

—El hombre es mortal, hijo mío. Sólo Dios podría conceder la inmortalidad. Y tú no has dicho que ése sea tu caso. Hablas de una extraña mujer, llegada del cielo..., hace casi cuatro mil años.

—Es la verdad, ¿Por qué no me cree? No tengo interés en mentirle, padre.

—Es que no puedo creerlo. ¿Qué tenía de divinidad esa mujer? ¿Qué te dio para concederte la inmortalidad? Ni siquiera me has hablado de un supuesto elixir o brevaje, de algo que te concediera ese don eternamente buscado por el hombre...

—No, eso es cierto. No me dio nada a beber ni a ingerir. Ni me tocó con una varita mágica, si se refiere a eso —sonrió sardónico el reo—. Simplemente me dijo que estaba concedido mi deseo. Como en los cuentos de hadas que leí más tarde, en tiempos de Andersen o de Perrault. Y así ha ocurrido a lo largo de los siglos. Estoy aquí, ¿no es ésa mi mejor evidencia?

—Yo no creo en la reencarnación. Ni en dones de dioses o paganas hechiceras. Mi fe no admite cosas así —sentenció el padre O'Rourke mirándole con cierto aire de reproche—. Tu mismo me has dicho que crees en Dios. En *mi* Dios, hijo. Que es el tuyo.

—Y así es, padre.

—Entonces, ¿cómo aceptas cosas que van contra tu propia fe?

—No es que las acepte —aclaró el preso sorprendido—. Es que *sé,* que han ocurrido, porque yo he sido el sujeto de esa maravilla. Y seguiré siéndolo en el futuro. Eso está fuera de toda duda, padre.

—Me pregunto si no deliras, si la sentencia no ha alterado tu razón, si algo en tu mente te hace imaginar cosas que no son...

—¿Ya vuelve a insistir en eso? —sacudió la cabeza con pesar y se permitió una sonrisa irónica—. No, padre, no estoy trastornado ni imagino cosas. Le he dicho la verdad. No me pregunte si Dios acepta las cosas tal como son. Imagino que si, porque El no ha actuado en mi caso para nada. Sencillamente, habrá permitido que ocurriera, y nada más. Tal vez Astrix fuese en cierto modo un ángel o una enviada de esa fuerza suprema y maravillosa que es el Creador; no lo sé ni voy a discutir teológicamente con usted. No es el momento ni conduciría a nada. Yo voy a morir, padre O'Rourke. Una vez más, entre tantas otras. No me preocupa en absoluto el hecho de ser abrasado en la silla eléctrica, porque sé que volveré a resucitar, y el ciclo proseguirá, hasta el fin del mismo tiempo, en un futuro remoto e inimaginable.

—Si ello fuera así, este diálogo no tendría el menor sentido, hijo. Tu alma no peligraría, porque volvería a vivir en otro ser tras de tu muerte. Pero yo no puedo aceptar eso como cierto. Mi deber es confortarte y darte la absolución por tus pecados en tan difícil momento…

El preso suspiró, poniéndose en pie. Paseó por la estancia, algo malhumorado, en tanto el religioso oraba en voz baja, con la Biblia entre sus manos.

—Mi nombre actual, en esta ciudad corrompida por el vicio, el crimen y la violencia, es el de Johnny Lester, padre O'Rourke. ¿Qué importa un nombre? Ya no sé cuál utilizar cuando vuelvo a nacer… Pero le emplazo para dentro de años, en el futuro, recibirá la llamada de alguien que dirá llamarse Johnny Kronos. Sí, Jóhnny Kronos. Es el apellido que más me gusta: simboliza el Tiempo; por encima del cual me encuentro, y también la primera sílaba del planeta de donde Astrix llegó en aquel remoto pasado, situado en la galaxia de Andrómeda: Kron. El planeta Kron, tal vez raíz del mismo nombre y concepto: Cronos… Tiempo. Pues bien, padre O'Rourke, dentro de muchos años, cuando usted haya olvidado a Johnny Lester, ajusticiado en 1935 en la ciudad de Chicago, alguien se le acercará y le dirá: «Padre, ¿me reconoce? Yo soy Johnny Kronos. Me conoció en el pasado como Johnny Lester. Y no creyó una sola palabra de mi historia. Ahora estoy aquí para convencerle, aunque algo tardíamente.»

El religioso alzó sus ojos cansados. Miró al joven reo de muerte.

Meneó la cabeza pesaroso.

—Ojalá fuera así, hijo mío —susurró—. Personalmente, me sentiría muy feliz sabiendo que alguien, en este mundo, alcanzó lo que nadie ha conseguido jamás: la inmortalidad, lo que le está negado al hombre desde que probó el fruto prohibido del árbol del Bien y del Mal… Ahora, olvida todo eso y trata de colaborar conmigo. Queda poco tiempo ya.

—Sí, queda poco tiempo —asintió el preso, sentándose de nuevo con un suspiro—. Está bien, hagamos las cosas como usted quiere, padre. Ya no trataré de persuadirle de nada. El tiempo lo dirá todo. Pero eso sí, sepa que soy inocente, Y que la Justicia, una vez más, cometerá un grave error al ejecutarme por algo que hizo otro…

El religioso afirmó, mientras leía entre dientes sus oraciones. Fuera, el celador consultó su reloj en silencio. Quedaba tan poco tiempo ya…

* * *

El viernes aquel fue ajusticiado en la silla eléctrica Johnny Lester, acusado de asesinato en primer grado, en la ciudad de Chicago. Era el otoño de 1935. Un otoño frío y desapacible, con nieve en las calles y violencia sobre el asfalto urbano, con bandas dé *gangsters* y *racketeers* enzarzados en feroces luchas sin cuartel por el dominio de la ciudad y el negocio del alcohol.

Sólo dos meses más tarde, era arrestado un tal Lucky Lambert, pistolero de un gang importante, tras una dura persecución policial que culminó con el atropello del fugitivo por una furgoneta de transporte. Agonizante en el hospital, el pistolero confesó ser el autor del crimen por el que Johnny Lester había sido ejecutado sesenta días antes.

El padre O'Rourke de la capilla católica de Cicero, supo entonces que el reo había dicho la verdad cuando menos en una cosa: era inocente. Y murió siéndolo.

—Dios mío —se preguntó el sacerdote, preocupado—. ¿Sería también cierto lo otro?

Pero su razón le aconsejó desechar de inmediato esa absurda idea por irreal y delirante. Nadie podía ser inmortal. El Hombre no lo era. ¿Por qué había de serlo, precisamente, un condenado a muerte llamado Johnny Lester?

# **Primera Parte**
## EL PRESENTE
## 1980

CAPITULO PRIMERO
EL VISITANTE DE TIEMPOS PASADOS

—Vamos a tener una bonita Navidad, padre O'Rourke. ¿no le parece? —preguntó jovialmente el padre Callaghan, terminando de adornar el árbol situado en el rincón de la amplia sala.

—Sí, eso parece —admitió el interpelado, tosiendo mientras caminaba encorvado junto al estrado decorado con papel de plata y estrellitas luminosas—. Incluso tendremos nieve en las calles, como corresponde a unas fiestas navideñas tradicionales. Pero lo que importa es que los donativos nos permitan dar a esos muchachos unas jornadas de alegría, buen humor..., y comida. Sobre todo, comida.

—De eso no debe preocuparse, padre O'Rourke —rió el joven colega, colgando una bola irisada entre las ramas del abeto—. Ya sabe que el menú será excelente, y que los chicos se sienten felices al pensar en los extraordinarios manjares que van a poder saborear en estos días. Sin olvidar que la función navideña también les tiene muy ilusionados.

—Ah, eso es cierto —los ojos miopes del anciano sacerdote brillaron tiernamente tras las gruesas gafas—. Todo cuanto se pueda hacer por esos jóvenes para impedir que terminen delinquiendo o drogándose, será poco. ¿Cree que podremos rescatarles del vicio y de la corrupción que les tienta día a día en esas calles, en esas discotecas y bares?

—Creo que lo estamos logrando, padre —admitió Callaghan bajando de la escalerilla y contemplando satisfecho el efecto del iluminado árbol de Noel—. Desde que fundamos el Centro de Ayuda a Necesitados de Brooklyn, las cosas van bien en el barrio. Muchos delitos pequeños han visto reducido su número, hay menos drogadictos y maleantes en las calles, y muchos son los que han cambiado ya el Zumo de naranja o el vaso de leche por el whisky o el cuba-libre. Creo que sin usted, padre O'Rourke, todo eso hubiera sido imposible.

—No hable así, padre Callaghan. ¿Qué hubiera podido hacer yo a mis años, sin la colaboración entusiasta de un hombre joven y emprendedor como usted?

—Posiblemente lo mismo que ha hecho —sonrió su ayudante—.

El Comisionado dice que todo es obra suya, y tiene más razón que un santo.

—Calle, calle... ¡Comparar con un santo al Comisionado Parker! —Hizo un gesto de reproche—. Se ve que no le ha oído decir nunca palabrotas y tomarse el whisky a tragos.

—No le censure demasiado —rió Callaghan—. Recuerde que ha aportado trescientos dólares a la colecta, y su esposa vende bonos para el Centro en las reuniones benéficas. Les debemos mucho.

—Sí, eso es cierto —aceptó de mala gana el padre O'Rourke, mesándose sus blancos cabellos y caminando achacosamente hacia su asiento del fondo de la sala. De repente, se quedó mirando a la puerta de acceso al Centro. Una mujer joven, con una gabardina clara anudada a su cintura y un gracioso gorrito sobre el cabello rojo, permanecía en pie a la entrada del recinto. Tras ella, la nieve se desprendía en algodonosa y suave cascada de copos sobre la calle. El anciano le hizo un gesto invitador a la desconocida, alentándola—: Pase, pase, hija mía. Aquí todos son bien venidos. ¿Qué desea? ¿Una taza de caldo, café caliente...?

—Nada de eso, padre —respondió ella suavemente—. Vengo..., vengo a hacer un donativo para su obra.

—¡Cielos, bien venida seas entonces también, con mayor motivo! —aprobó el cura risueñamente—. Pasa, pasa, y que el Señor te bendiga por tu generosidad, hija mía.

La joven avanzó paso a paso hasta él. Extrajo de su bolsillo varios billetes que tendió al padre O'Rourke. El padre Callaghan pestañeó desconcertado. Los billetes que la desconocida ponía en manos del sacerdote eran ni más ni menos que de cien dólares. Y al menos había ocho ó nueve.

—Vaya, esto es demasiado dinero... —el anciano religioso miró con récelo a la recién llegada y enarcó sus canosas cejas—. ¿Seguro que es dinero legal, hija? ¿No se trata de algo..., algo poco legal?

Los ojos pardos de ella sostuvieron con firmeza la mirada inquisitiva del viejo cura. Luego, negó despacio, sin aparentar sentirse ofendida:

—Puede tomarlo con toda confianza, padre. Es dinero legítimamente ganado. Pero no me dé las gracias a mí, sino a mi prometido

—¿Tu prometido? ¿Dónde está él? ¿Por qué no ha venido?

—Sí ha venido. Está fuera, en la calle, esperándome.

—Pero si el dinero es suyo, ¿por qué no viene a donármelo en persona y, en cambio, te envía a ti para hacerlo, hija?

—El no sabe si querría usted recibirle, padre.

—¡Qué tontería! Aquí, hija, se recibe con los brazos abiertos a todo el mundo, aunque venga a pedir en vez de dar. Anda, dile que venga. Me gustaría conocer a tan generoso donante.

—Está bien, si así lo desea... —ella vaciló aún un momento, sonrió dulcemente y añadió, contemplando con fijeza al viejo sacerdote—: Mi prometido se llama Johnny ... Johnny

Kronos. Usted..., usted le conoció en el pasado como Johnny Lester, hace de eso cuarenta y cinco años...

El padre O'Rourke vaciló, estupefacto. Sus ojos se dilataron, mirando con horror y asombro a la que hablaba. Ni siquiera tuvo fuerzas para responder algo. El padre Callaghan algo alejado de él en ese momento, no había podido oír las sorprendentes palabras de la joven pelirroja.

Ella asomó de nuevo a la nevada calle e hizo un gesto con el brazo. Alguien avanzó, pisó el umbral del centro benéfico y entró en él pisando con firmeza. Sus ojos se mantenían fijos en el desconcertado sacerdote.

—Buenos días, padre O'Rourke —saludó—. Volvemos a encontrarnos, ¿recuerda? Entonces no creyó una sola palabra de mi historia. Ahora vuelvo para convencerle, tal y como le dije en aquella celda de Chicago...

El padre O'Rourke retrocedió unos pasos, tambaleante, incrédulo, sacudido por una extraña emoción. Miró al hombre que le dirigía tan desconcertantes palabras.

No representaba más allá de veinticinco años. Y sin embargo, cuando él era un joven sacerdote, allá en Chicago. Johnny Lester ya había cumplido los treinta... De eso hacía cuarenta y cinco largos años...

—Dios mío, no... —susurró roncamente—. No es posible...

* * *

—Se lo dije entonces, padre O'Rourke. Le afirmé que volvería. Pude haberlo hecho antes, pero hay algo que yo no puedo hacer: elegir mi lugar de nacimiento, mi nueva personalidad. Debo aceptar las reglas del juego. He vivido estos años muy lejos de aquí, de este país, al otro lado del mundo. Y he vuelto a morir, padre, en un lugar infernal llamado Corea, hace de eso bastante años ya...

El sacerdote se estremeció, la cabeza inclinada, los dedos de sus dos manos entrelazados, el asombro pesando sobre él como una losa.

—Si pudiera creer eso... Si me fuera pasible admitir que dices verdad..., y que no eres, simplemente, alguien que conoció a Johnny Lester, tal vez un nieto suyo, incluso. O el hijo de algún amigo..., no sé. Cualquiera menos..., menos él mismo.

—Pues debe aceptar lo que le digo ahora. Como debió admitirlo

entonces, aunque sé lo difícil que puede resultarle a un hombre, y más a un religioso, aceptar cosas que su razón rechaza.

—Johnny Kronos... ¿Te llamas realmente así ahora, en esta nueva vida? —preguntó sordamente el padre O'Rourke.

—Sí. Me pusieron otro nombre al nacer —sonrió el joven—. Pero yo elegí el que llevo ahora; Kronos, ¿recuerda lo que le dije? Significa el paso del Tiempo..., y la primera sílaba del planeta Kron...

—Eso sólo Johnny Lester y yo podemos saberlo. Fue parte de una confesión ante las puertas de la muerte —suspiró el cura—. Y eras inocente de aquel crimen...

—Se lo dije, Era un error judicial. Se cometían muchos entonces. Supongo que ahora también, pero confío en que no me afecte ninguno de ellos a mi nueva identidad —buscó en su bolsillo—. Sería paradójico sufrir un error judicial *ahora,* ¿verdad?

Le mostró algo que hizo parpadear de asombro al cura. Johnny Kronos le estaba enseñando una credencial del FBI. Era agente especial federal, al servicio del Gobierno de los Estados Unidos.

—Cielos, un federal —parpadeó O'Rourke—. Qué vueltas da *tu* mundo, ¿verdad, Johnny?

—Verdad, padre. Entonces malhechor, ahora policía...

¿Eso le convence de la legalidad del dinero recibido de manos de mi novia?

—Por supuesto, hijo, por supuesto —sonrió O'Rourke—. Si el Gobierno no da dinero legal, ¿quién podría hacerlo? Pero ¿por qué tan generoso donativo? No he tenido ocasión de hacer demasiado por ti..., ni entonces ni ahora.

—Padre este donativo es solamente una pequeña parte de lo que puedo entregarle para sus obras de caridad. Recibirá más dinero, se lo aseguro, y no solamente mío. Tengo amigos que pueden colaborar eficazmente en su admirable tarea de ayuda a la juventud actual.

—¿Y todo eso, por qué? Insisto en que no he sido capaz de serte demasiado útil. Si tu historia fuese cierta, entonces: sólo cumplí con penoso y sagrado deber: la asistencia postrera a un reo. Actualmente, por fortuna, la pena capital ya no se aplica en muchos Estados, aunque todavía son ajusticiados de vez en cuando delincuentes en nuestro país. Hoy en día, Johnny, sólo te he podido escuchar, recibir tu dinero y preguntarme si estoy oyendo una historia enloquecida o una realidad terrible que mi mente no alcanza a comprender. Es muy

poco todo eso para que te sientas tan generoso conmigo.

—No soy egoísta, padre —sonrió Kronos suavemente—. Sólo deseaba cumplir una antigua promesa, no demasiado vieja si se tiene en cuenta mi verdadera edad en este mundo. Pero, por otro lado, me gusta su trabajo, usted lo ha dado todo por nada, a lo largo de sus setenta años de edad, padre O'Rourke.

—A cambio de nada, no —negó el religioso con un gesto tierno, mirando a arriba—. Espero servir a Dios lo mejor que sé. Sería mi mejor premio. Y creo que la mejor forma de servirle, es sirviendo a los desheredados de la fortuna y a los equivocados en este mundo en que vivimos.

—Posiblemente tenga razón. Pero el motivo de mi visita, precisamente hoy, tiene también otras causas más egoístas para mí, pese a todo.

—Lo imaginaba —el cura miró fijamente a su visitante—. ¿Deseas pedirme algo concreto, hijo mío?

—Sí. Algo qué no está en su mano, lo sé. Pero que a través suyo es posible que llegase a ser realidad alguna vez.

—Temo no entenderte. Si eres dueño del más sorprendente y anhelado don de este mundo, que es la inmortalidad, ¿qué más puedes desear?

—Le sorprenderá lo que voy a decirle, padre O'Rourke —habló con calma el joven rodeando con su brazo los hombros de la muchacha pelirroja que permanecía a su lado, escuchando aquella conversación como si fuese la más normal del mundo—. Pero debo mi mayor deseo en estos momentos, lo único que anhelo en el mundo.

—Te escucho, hijo mío,

—Deseo morir, padre O'Rourke.

## CAPITULO II
## BUSCANDO EL FUTURO

El café caliente humeaba en las tazas. Afuera seguía nevando, lenta pero copiosamente, y la calefacción de la salita se bastaba para combatir la fría temperatura invernal de Brooklyn.

La tarde tenia matices grisáceos y tristes. Un televisor, en alguna parte, transmitía incidencias de un encuentro deportivo.

El padre O'Rourke tomó un sorbo de café. Dirigió una mirada pensativa a la joven pelirroja, bonita y encantadora, que estaba sentada frente a él. Luego, estudió por un momento de soslayo a su acompañante, erguido ante la ventana de vidrios empañados por la diferencia climática, de espaldas a ellos.

—Quisiera poder ayudaros, Kate —dijo suavemente el sacerdote,

La joven movió afirmativamente la cabeza. Sus pardos ojos parecían profundos y quietos lagos en un día nublado. Había un destello de infinita tristeza sin embargo en lo más hondo de aquellas pupilas,

—Lo sé, padre -asintió—. Sin embargo, Johnny cree que sí le es posible hacerlo.

—Me estoy preguntando cómo desde que él me expuso su deseo tan crudamente, hija mía. Y no es fácil ver una solución.

Kronos se volvió lentamente hacia ellos. Su rostro juvenil, tras el cual quizás realmente se ocultaban siglos de vejez insospechada, contempló cara a cara el apacible y rugoso del anciano cura.

—No busco caridad cristiana, padre —dijo—. Usted lo sabe.

—Tampoco podría dártela con semejante deseo. Pedir la muerte, incluso en tu caso, es algo que ofende a Dios. Cuando alguien te concedió un día la vida eterna, es porque en cierto modo El estaba de acuerdo en eso, ya que Sus designios son inescrutables para nosotros, los humanos. Ahora no puedes poner, fin a eso quitándote la vida, pongamos por caso. Sería el más terrible de los pecados.

— Y el más inútil también —sonrió amargamente Johnny—. Dejaría de poseer este cuerpo y este rostro, pero reencarnaría en otro ser diferente no tardando mucho. Es mesino.

—Entonces, ¿cómo puedes morir? El ciclo nunca terminara, ¿no es así?

—Así es. Se repetirá por una eternidad, fueron las palabras de

Asirá. Pero yo no deseo seguir así. Necesito un final.

—¿Por qué? Has tardado cuarenta siglos en darte cuenta de eso...

—Tal vez esté cansado de vivir. Ante mis ojos han pasado todas las épocas del mundo, la Historia en pleno, con sus grandezas y sus miserias, sus esplendores y decadencias. Pero eso no es todo. Está Kate...

La miró. Dulce, larga, tiernamente. Ella le sonrió, húmedos sus ojos pardos, temblorosa su boquita carnosa y bien perfilada.

—Creo entenderte —musitó el padre O'Rourke asintiendo con lentitud. Es el amor, Johnny. Has tardado en descubrirlo cuarenta siglos. Cuatro mil años sin amar realmente a nadie, tal vez gozando de la vida pero sin verdadero amor. Ahora, aparece una mujer en tu vida: Kate. Le revelas tu tremendo secreto, Y deseas envejecer con ella, formar parte de tu propia vida, no contemplar cómo pasa su existencia ante ti, igual a tantas y tantas otras, ¿no es cierto?

—Sí —murmuró Johnny bajando la cabeza y apoyando sus manos en los hombros de la muchacha—. Amo a Kate. Más que a nada en este mundo. Es la primera vez que siento algo así. Necesito vivir a su lado, ser como ella, verme día a día un poco más viejo, saber que uno de los dos morirá antes, pero eso será irreversible para mí. Me iré con ella cuando llegue el día, adonde todos los humanos van: más allá de la muerte, más allá de todo sentimiento final, está la supervivencia de nuestros sentimientos, de lo que amamos. No puedo pensar en la idea de vivir luego otra vida..., sin Kate. Recordándola día a día durante siglos, sufriendo con su evocación, llorando su imagen perdida para siempre, vacío en el mundo por una eternidad.

—Johnny... —gimió ella estremecida de emoción, apretando sus manos y mirándole a los ojos—. Es hermoso oírte decir eso...

Se besaron tiernamente. El padre O'Rourke sonrió. Carraspeó luego, y ellos se apartaron.

—Entiendo eso. Sí, es hermoso —admitió el sacerdote—. Pero me pregunto qué puedo hacer yo por vosotros. ¿Cómo puedo concederte lo que pides? Mi única tarea posible es rezar a Dios para que te otorgue lo que deseas.

—No es suficiente. Necesito que el embrujo termine, que el don me sea arrebatado definitivamente. Y eso sólo podría hacerlo un ser en todo el Universo: Astrix.

—Astrix... —el cura meneó la cabeza, perplejo—. Cielos, esa

mujer… Si realmente ha existido alguna vez, Johnny, ella estaba en Andrómeda, hace cuatro mil años…

—¿Y qué son cuatro mil años, junto a dos millones de años-luz? ¿Qué valor pueden tener cuarenta miserables siglos, al lado del concepto inmenso de esos dos millones de años que, a la velocidad de la luz, tardaríamos en llegar a Andrómeda, al planeta Kron? Ella, en cambio, convertida en pura energía, se podía trasladar en breves instantes de un mundo a otro, de galaxia a galaxia, Para Astrix, el tiempo no existía. *El Tiempo.* ¿Se da cuenta, padre O'Rourke? Entonces el año dos mil antes de Cristo, la civilización egipcia donde yo inicié mi existencia sin fin, es como si fuese *ahora mismo* para Astrix. Para un ser que viaja a través del Tiempo y del Espacio superando infinitamente la velocidad lumínica, tal vez miles o millones de veces más rápida que la propia luz, ¿qué significan cuatro mil años? Todo se confunde en su existencia, presente y futuro. Ella sí es Señora absoluta del Tiempo. Se la podría encontrar ahora mismo, tal y como hace cuatro mil años, porque eso no significa nada para Astrix. No existe el Tiempo en su vida, es fácil de comprender.

—Y aunque así fuera…, ¿qué podría hacerse para dar con ella? Estará en su mundo, en Andrómeda. A millones de años-luz de nosotros, como bien has dicho, Johnny. ¿Has intentado comunicarte de alguna forma con ella?

—De todas las imaginables: mentalmente, mediante telépatas profesionales, por transmisión de ondas, a través de mensajes al espacio emitidos por poderosos transmisores radioespaciales… Nada. No hay medio humano de enviar una llamada a Andrómeda y que sea contestada No hoy, ciertamente. No en este siglos, padre.

—Lo sé. Aun con todos los avances técnicos de la Ciencia, estamos todavía en mantillas. No podemos soñar en comunicarnos con otras formas de vida en el Universo… Pero en tal caso, debes admitir que no existe solución a tu problema. Tal vez dentro de siglos, cuando vivas en el año tres mil…

—¡Es que no quiero vivir entonces, ni dentro de doscientos años, ni siquiera de ciento —clamó Johnny desesperante—. Para entonces sería demasiado tarde, ¿no lo comprende? Kate ya no estaría aquí, la habría perdido para siempre…

Reinó el silencio en la estancia. Solamente la cucharilla' dando

vueltas al café, ya frío, sonó por unos momentos. El padre O'Rourke suspiró.

—¿Y qué puedo hacer yo por vosotros, en tal caso? —indagó, desolado.

—A eso vamos, padre —se inclinó Johnny hacia él y le miró profundamente—. Usted es escocés.

—Sí. ¿Y qué?

—Tiene un hermano en Gran Bretaña. Más joven que usted.

—No mucho más —sonrió el cura, enarcando las cejas—. Va a cumplir sesenta y ocho años.

—En el FBI tienen un dossier completo del profesor Ian O'Rourke. He podido examinarlo en las computadoras. Aunque oficialmente es sólo un físico investigador perteneciente a una planta industrial británica sé que en realidad trabaja para el Gobierno de Su Majestad en experimentos ultra secretos.

El rostro del religioso ensombreció levemente. Era obvio que no le gustaba en absoluto el tema. Miró a su interlocutor con desconfianza.

—No sé nada de los asuntos personales de mi hermano —aseguró secamente—. No esperaba que se sacara ese tema a colación aquí, Johnny. ¿Qué tiene, que ver con tus problemas personales?

—Mucho. Usted sabe que su hermano está investigando en una materia bastante relacionada con mi caso.

—Temo no entenderte.

—El Tiempo, padre.

—¿El Tiempo? — la voz del sacerdote vaciló.

—Sí. Y usted lo sabe muy bien. —Tomó una silla, la arrastró y se sentó junto al religioso, casi pegado su cara a la de él—. El Tiempo. El profesor O'Rourke investiga esa materia por cuenta del Gobierno británico. Lo sabemos en el Federal Bureau. Y hasta es posible que haya conseguido un éxito parcial ya. La Máquina del Tiempo es un viejo anhelo de la Humanidad, un sueño, aparentemente imposible, más filosófico que otra cosa. Pero, ¿por qué no puede existir alguien que la haya conseguido realmente, o esté a punto de conseguirla?

—Eso es ridículo. Viajar en el Tiempo... Creo que sólo tú puedes hacerlo, aunque de un modo diferente a cómo siempre se imaginó

—No, no es eso. No se trata de vivir siglos, sino de viajar a través de ellos como a través de estancias vacías, hacia el pasado o el

futuro. Tengo motivos para sospechar que el profesor O'Rourke lo ha conseguido, al menos en parte. Hizo recientemente un experimento.

—Y fracasó… —murmuró amargamente el religioso, moviendo la cabeza pesaroso.

—¿Cómo? —los ojos de Johnny trillaron—. ¿Fracasó?

—Sí. Envió a un voluntario al pasado. Era un hombre sentenciado a cadena perpetua por un homicidio. Aceptó cambiar su suerte por un viaje a través del Tiempo. Esto es absolutamente confidencial, naturalmente *Top Secret,* Johnny. Mi hermano y el Gobierno británico lo negarían rotundamente. El enviado nunca ha vuelto. Se quedó preso en el pasado, obligado a vivir el resto de sus días sólo Dios sabe en qué lugar en el Tiempo…

—Lo sabía… ¡Sabia que existían esas pruebas, que existe una posibilidad para mí! —clamó Johnny, excitado—. ¡Es posible viajar en el Tiempo!

—No, no es posible. Ya te lo he contado. Fracasó el primer experimento. No se va a realizar ningún otro por el momento. Es asunto liquidado. Mi hermano está desolado, no desea enviar a nadie más a la muerte…, o a algo peor. La Máquina del Tiempo, el Túnel ó como se le quiera llamar, es sólo aún una fantasía para telefilms o para relatos de ciencia-ficción, no para la vida real. Tal vez el hombre pretenda llegar demasiado lejos en su soberbia científica.

—No, no es demasiado lejos. Nunca lo es para la Ciencia padre O'Rourke. Sé que su hermano ha conseguido algo. Envió al pasado a un hombre, ¿no? No ha vuelto. Bien. Pero ese hombre *viajó* a tiempos pretéritos, ha dado el gran salto en el Tiempo… Igual se puede viajar al futuro, ¿no lo, cree?

—El futuro ni siquiera existe aún, Johnny.

—No, padre. Está ahí. Existe. Ya. Igual que el pasado. Todo existe, es a la vez, sólo que en distintos planos del concepto Tiempo. Lo importante es poder pasar de una a otra estancia o esfera, de uno a otro nivel…

—¿Y de qué te serviría a ti, pongamos por caso, viajar en el Tiempo? ¿Acaso pretendes volver al pasado, a tu época faraónica para repetir la escena y pedirle a Astrix que anule el don de la inmortalidad que te concedió?

—No, no es eso. Lo que ha sucedido, nadie lo puede alterar ya. Ha pasado. Es lo que ha de ocurrir lo que puede ser cambiado,

siempre que no se rompa la armonía del destino y de la fatalidad. Yo, padre O'Rourke..., quiero viajar al Futuro.

—¿Qué? —el sacerdote le miró estupefacto—. ¿Al futuro? ¿Para qué?

—Para alcanzar el día en que sea posible viajar o comunicarse con Andrómeda, cuando el hombre haya roto las barreras del espacio infinito y se pueda ir a lejanos mundos. Quiero vivir, exactamente, en el día en que sea factible atravesar esos dos millones de años-luz que nos separan de Andrómeda… y ver a Astrix. Y pedirle que me devuelva mi condición mortal... Para ello, necesitaría viajar al Futuro, pero con Kate a mi lado. Y eso, sólo el profesor Ian O'Rourke puede conseguirlo.

* * *

Era la última barrera de máxima seguridad en las instalaciones de Chelmsford, al norte de Londres y los dos visitantes la pasaron sin más problemas.

Se les entregó a cada uno una tarjeta plastificada y codificada, para el acceso a la zona restringida de la base. Ella les sirvió inmediatamente después para que un control mecánico autorizase su acceso a través de una puerta automática accionada mediante circuitos electrónicos.

Más allá de esa puerta, se abría un largo corredor alumbrado por tubos fluorescentes. Lo recorrieron hasta llegar a otra puerta ante la que montaban guardia dos hombres armados, uniformados con un singular atavío color naranja. Examinaron sus tarjetas y las introdujeron en una ranura. Una luz verde parpadeó tres veces, y silenciosamente, una puerta metálica se deslizó en un muro, franqueándoles el paso a otra estancia.

Los dos visitantes se miraron en silencio. Cruzaron aquel umbral. Tras ellos, la puerta deslizante se cerró de nuevo sin hacer el menor ruido. Una ranura les devolvió sus tarjetas. Las prendieron a sus ropas.

—Bien venidos —saludó suavemente una voz—. Soy el profesor Ian O'Rourke.

Los dos miraron al que hablaba. Este les contemplaba con vaga sonrisa de amabilidad, tendiéndoles la mano. Se estrecharon en

silencio. El ambiente allí era recogido, silencioso, apacible. Los gruesos muros formaban un aislamiento perfecto del *exterior.* Al fondo, sin embargo se veía luz diurna a través de unos paneles de vidrio translúcido. Tal vez el sólo un reflejo de la luz exterior, porque aquel recinto debía hallarse en el subsuelo de la base de Chelmsford.

—Yo soy Johnny Kronos —declaró el visitante.

—Y yo Kate Waldron —explicó su compañera—. Somos prometidos. Vamos a casarnos.

—Lo sé —asintió su interlocutor—. Mi hermano me ha hecho un relato minucioso de todo lo relativo a ustedes dos .

—Supongo que no se lo creería fácilmente — sonrió Johnny.

—Es difícil de admitir, lo confieso —el profesor le contempló curiosamente—. Pero mi hermanó parecía convencido. Y él es un hombre que sólo acepta aquello que cree cierto. Debo creerlo, por tanto, pese a mis reservas.

—Menos mal —suspiró Johnny—. No todo el mundo es tan fácil de convencer.

—Tal vez yo sea diferente a los demás. Mi trabajo y mis convicciones personales me obligan a ello. ¿Sabe qué dijeron los miembros del Gobierno cuando alguien les propuso el presupuesto del Proyecto *Time* que llevo actualmente a cabo? Que todos estábamos rematadamente locos si pensábamos que alguna vez podría alguien viajar en el Tiempo. Y ya ve: usted es realmente el primero que lo ha conseguido, sin mecanismo de ningún género.

—Si es así, le aseguro que no ha dado resultado ningún viaje fascinante —se lamentó con amargura Johnny.

—Yo no diría eso. Recorrer la Historia, desde la XII Dinastía egipcia hasta el presente, siendo testigo de excepción de épocas, civilizaciones y aconteceres de todo tipo, es algo que ni siquiera yo he soñado en conseguir con ninguna de mis experiencias.

—El padre O'Rourke también le habrá referido que no me siento particularmente feliz con mi inmortalidad.

—Así es —el profesor le contempló con expresión perpleja, casi fascinada—. Dios mío, es usted el único ser humano que puede hablar del pasado, revelar misterios insondables para todo el mundo, tal vez incluso el enigma mismo de la vida y de la muerte...

—No, eso no. Sé tanto de la Muerte como puede saber usted mismo. Jamás he llegado a morir realmente, salvo en forma física.

Mi ser, mi alma, mi espíritu, mi mente, llámelo como quiera, quedaba en una especie de suspensión, hasta reencarnar en otro cuerpo. Nunca traspasé realmente la frontera de la vida, salvo en forma material. Los misterios de ese Más Allá al cual aspiro ahora como experimenta cualquier mortal, siguen siendo para mí tan impenetrables como para todo ser viviente. Pero no me importa. No temo morir. Es más, deseo aspirar a esa ley inexorable para los mortales, como cualquier otro. No podré borrar nunca mi pasado de cuarenta siglos, pero sí quiero que deje de existir un futuro igual, interminable y atroz. Deseo morir, envejecer. Para que Kate, la mujer a quien amo, envejezca a mi lado y yo pueda morir como ella.

—Entiendo —asintió el profesor, mirando a la joven compañera de Johnny con una suave sonrisa de comprensión—. Si, entiendo. Es hermoso amar así. Tal vez sea lo único que vale la pena en nuestra vida, Johnny. Por lo que, se debe vivir, luchar, ambicionar algo. Y esperar tranquilamente la muerte, porque en ella no se extingue el amor. Porque éste perdura más allá de nuestra propia existencia...

—Me alegra que lo comprenda, profesor. Por eso estamos aquí.

—Lo sé. Su Gobierno me ha informado sus deseos de ser útil a mi experimento. Mi Gobierno ha aceptado en principio esa oferta, y gracias a todo eso están ustedes dos aquí en estos momentos. Pero creo que no vienen engañados en absoluto: usted sabe que el Proyecto *Time* ha sido un fracaso.

—Sólo sé que un hombre se fue al pasado..., y nunca volvió. .

—Exacto. Ni siquiera sabemos *dónde* está. Según las computadoras, es posible que perdido en la Edad Media, acaso en una Europa azotada por la peste y la ignorancia, por el miedo y el hambre... Pero la zona, el ámbito temporal que abarcan los cálculos es tan enorme, que resulta imposible dar con él nuevamente y traerlo a nuestra época de nuevo. Lo hemos intentado hasta once veces. Resultado, siempre negativo.

—El padre O'Rourke ya me adelantó algo de eso. El resto lo he sabido a través de un portavoz oficial del Ministerio de la Guerra.

—Ah, sí, el Ministerio de la Guerra... —suspiró el profesor, sacudiendo la cabeza—. Así son las cosas, amigo mío. Todo se hace por la misma razón: anticiparse a un hipotético enemigo. Viajar, en el Tiempo puede ser un arma en vez de un avance científico, humano e histórico sin precedentes. Tal vez nuestros gobernantes piensen con

enviar a la Roma Imperial a los soldados soviéticos y diseminar a los carros de combate del Pacto de Varsovia por las estepas rusas de la guerra napoleónica o por los desiertos africanos en tiempos del Afrika Korps... Estos militares todo lo complican. Yo no deseo convertir en un ingenio bélico mi Máquina del Tiempo.

—Lo creo. Pero sus fondos y medios son del Gobierno. Debe plegarse a sus condiciones —sonrió Johnny—. En mi país ocurriría igual. El Sistema siempre se impone.

—Desgraciadamente, así es —le estudió largamente, en silencio—. Y aun sabiendo que hemos fracasado..., ¿se arriesgarían a un viaje nada menos que al futuro?

—Eso es. A un remoto futuro quizás. Cuando los humanos puedan viajar en breve espacio de tiempo hasta Andrómeda.

—Tal vez ese futuro no exista jamás. ¿Quién puede superar la velocidad de la luz? Y aun así, tardaría dos millones de años en llegar...

—Estoy seguro de que llegará un día, más o menos lejano, en que el hombre pueda recorrer las galaxias de alguna forma no imaginada hoy. A ese futuro me refiero, esté donde esté. Y confío en que nos envíe a ambos, a Kate y a mí.

—Y aunque ello fuera factible..., ¿por qué los dos? Ella podría esperar aquí...

—No —negó Kate con energía—, Johnny y yo pensamos igual. Queremos seguir un mismo destino. Vivir, envejecer... o morir. Pero juntos los dos. Sea donde sea. En cualquier lugar del Espacio o del Tiempo, profesor.

—Comprendo. Si usted no vuelve, ella tampoco quiere volver...

—Así es —afirmó Kate con voz suave, sonriendo confiada.

—No piense en el fracaso —sugirió Johnny—, Si llegamos al futuro deseado, ya será un triunfo.

—El Viaje Intemporal en sí, no es un triunfo —rechazó el profesor O'Rourke con voz ronca—. Sólo cuando pueda recuperar al viajero lo será. Sería un crimen enviar a ustedes dos a esa aventura sin retorno.

—Somos voluntarios, ¿no? En todo caso, la responsabilidad es de ambos.

—Y los remordimientos de conciencia serán míos.

—No le importe. Usted trabaja por la Ciencia. Nosotros; por nuestro futuro auténtico, por nuestra vida en común. Una mujer

misteriosa, fantástica llegada de Andrómeda, posee la clave de mi vida y de mi muerte. Tengo que llegar hasta ella. Sea como sea.

—Ni siquiera podemos calcular cuándo podrá el hombre viajar a Andrómeda...

—Lo sé. Me han dicho que sus computadoras son perfectas simuladoras de épocas y momentos históricos del mundo. Puede hacer cálculos bastante aproximados sobre el nivel técnico y científico de cada época...

—En cuanto al pasado, si. Pero el futuro todo es hipotético. Los cálculos los hace la computadora, ella simula épocas, momentos concretos de nivel tecnológico, científico e incluso humano. Pero sólo son eso: simulaciones electrónicas, partiendo de unos datos y cálculos previos facilitados al ordenador. ¿Quién nos asegura que si la máquina dice que en el siglo XXX se podrá viajar a más velocidad que la propia luz, ello sea realmente cierto y no se base solamente en cálculos derivados del ritmo actual del progreso tecnológico? Entonces tendríamos que usted y su prometida habrían viajado a un futuro remoto..., para nada.

—Es el riesgo a correr —asintió Johnny con energía—. Lo aceptamos, profesor.

—¿De veras?—miró a ambos, perplejo, estupefacto. '

—Sí —afirmó Johnny, tajante.

—Por supuesto — corroboró Kate con toda decisión.

—Bien... —el profesor O'Rourke bajó la cabeza, pensativo—. Entonces..., adelante. Van a ser ustedes dos mis segundos conejillos de Indias en esta demencial experiencia. Vengan. Les mostraré mi Máquina del Tiempo. Y les diré cuándo van a iniciar su viaje al futuro, posiblemente, sin regreso...

## CAPITULO III
## UN SALTO DE SIETE SIGLOS

El silencio era profundo, expectante.

Sólo el zumbido de la gran computadora en funcionamiento se percibía en la amplia sala aséptica, de luz deslumbrante y aire funcional, repleta de ordenadores, circuitos, paneles, pantallas y bancos de memoria.

Incansablemente, en rápido desfile, pasaban por las pantallas cifras, cálculos y datos a toda velocidad, mientras el poderoso cerebro electrónico trabajaba a toda presión con los datos proporcionados. Ante la máquina, se agrupaban el profesor y sus ayudantes, a la espera de un resultado. Tras ellos, también pendientes de aquella prueba, estaban Johnny Kronos y Kate. Con la mano de ella apretada por la de él, ambos serenos, tranquilos, aguardando el informe definitivo que podía conducirles al anhelado viaje hacia la solución de su problema..., o hacia el fin de todo.

—La máquina acaba de sobrepasar el siglo XXII, profesor —dijo alguien—. Durante ese periodo, el hombre no podrá llegar en modo alguno a las estrellas.

O'Rourke asintió, con la mirada fija en las cifras que figuraban en una pantalla y en la simulación electrónica de sociedad civilizada que aparecía en otra gigantesca pantalla, traducida a base de imágenes tridimensionales pertenecientes a costumbres, usos y avances técnicos y científicos de un futuro planificado y creado por una simple máquina.

El siglo XXIII transcurrió igualmente sin avances notables en la conquista del espacio cósmico. En el XXIV aparecieron los primeros indicios de vuelos interestelares. Una expedición terrestre conquistaba la constelación de Cisne, a diez años- luz aproximadamente de la Tierra. Un nuevo combustible había hecho posible el prodigio, según el futuro simulado en la computadora.

—Es una posibilidad esperanzadora.... si es que realmente llega a ser así en el mundo de lo material y no en una computadora que imita formas de vida futuras —se lamentó el profesor, pensativo, mirando a Johnny.

En el siglo XXV, siempre según la computadora un nuevo sistema de combustión perfeccionando el del siglo anterior, lograba un

avance increíble para la Ciencia de su tiempo: ¡se lograba igualar la velocidad de la luz! Naves cósmicas de gran tamaño se lanzaban a la conquista de remotos mundos, en una expansión fantástica a través del Universo.

—Aun así, con esa velocidad, se tardarían dos millones de años en llegar a Andrómeda —señaló roncamente Johnny—. No es suficiente…

La computadora siguió simulando épocas y momentos de gran avance tecnológico en la pantalla gigante. Civilizaciones de increíble progreso científico se reflejaban con frialdad de lo matemáticamente calculado. La imagen tridimensional imitada por la máquina, presentaba ciudades, gentes, ropajes, instrumentos y mecanismos de insospechada perfección.

Y por fin, una cifra se detuvo en la pantalla, marcando el límite de lo computado hasta la fecha.

Era el siglo XXVII. Un año concreto parpadeó en rojo sobre la pantalla de cifras: 2687

Debajo, la computadora señalizó la esperada información:

DESCUBIERTO EL PROCEDIMIENTO DE TRANSPORTE NUCLEAR A DISTANCIA MEDIANTE PROYECCION DE MATERIA SIN LIMITE DE TIEMPO NI ESPACIO.

Era el dato solicitado a la máquina. Podría ser ilusorio, simple cálculo sobre unas determinadas coordenadas que luego no responderían a la verdad. Pero allí estaba, preciso, el informe del cerebro electrónico.

En él año 2687, seria posible viajar a Andrómeda o a cualquier otra parte del Universo. Si la computadora no se equivocaba, ésa era la respuesta a la pregunta de Johnny Kronos.

—¿Es posible, profesor? —preguntó éste—, ¿Podemos viajar tan lejos?

—Creo que si. Pero es muy arriesgado. Además, no tenemos garantía alguna de que la computadora no se equivoque. Tal vez falten siglos en esa fecha para un avance tan desmesurado en la conquista del Universo.

—Tal vez. Pero es la fecha que tenemos. Hay que correr el riesgo.

—Nos separan más de setecientos años de ese momento. Johnny. Es demasiado tiempo para confiar en que el salto al futuro resulte bien…

— No podemos elegir. Eso, o nada. Estamos decididos a intentarlo.

—Si, profesor —rogó Kate—. Hemos de hacerlo, compréndalo. Ocurra lo que ocurra.

—Muy bien —asintió O'Rourke gravemente. Miró a sus ayudantes —. Empiecen los preparativos. Vamos a intentar por segunda vez poner en acción la Máquina del tiempo. Y esta vez serán dos viajeros, no uno solo, los que lo intenten. Y no será hacia el pasado, sino hacia el futuro. Hacia el año 2687, exactamente…

* * *

Era como entrar en un ascensor cilíndrico.

Johnny y Kate se miraron. Luego, pisaron el círculo del suelo rodeado de muros metálicos, herméticos, en los que sólo se abría una escotilla redonda al exterior. Tras ella, el rostro del profesor asomó, en una despedida preocupada y tensa.

—Aún estáis a tiempo a pensarlo mejor, muchachos —señaló en tono grave.

—Todo está pensado y decidido, profesor — respondió Johnny serenamente—. No hay marcha atrás.

—Muy bien. Cerraré esta escotilla. Os sentaréis ahí ambos, sujetos por esas correas. Notaréis algo extraño y posiblemente os ataque el vértigo unos momentos. Después perderéis la noción de las cosas. Os sumergiréis en una especie de sopor, de ingravidez parecida a la que sufren los viajeros espaciales. Y más tarde…, no sé. Imagino que seréis proyectados al lugar en el Tiempo que hemos señalado. Esta cabina se quedará vacía. Vosotros viajaréis a través de una dimensión nueva y diferente. Al recuperar la noción de las cosas, estaréis en vuestro punto de destino. Que Dios os proteja, muchachos. Ojalá todo resulté bien.

—¿Cuándo intentará nuestro retorno al presente?

—Dentro de veinticuatro horas. El tiempo es un concepto inexistente. Un día aquí puede significar meses o minutos para vosotros, según sea la proporción de su relatividad en cada caso. Tal vez pasado ese día de plazo, vosotros llevéis años en el futuro, no puedo saberlo. Todo esto es experimental, enigmático aún. Por eso no me atrevo a nuevas experiencias con seres humanos.

—Conocemos todos los riesgos, no se preocupe. Kate y yo no vamos a temblar ante esas posibilidades inquietantes que se nos ofrecen, no tema.

—Sé que no lo haréis. Sois valerosos y decididos. Por eso deseo que triunféis en vuestro empeño. Me gustaría contribuir de alguna forma a vuestra felicidad, no a vuestro infortunio definitivo. Suerte, amigos míos.

Les sonrió y desapareció de la escotilla. Esta se cerró, ajustándose por completo desde el exterior. Johnny y Kate se acomodaron en los dos asientos dispuestos, sujetando las correas en torno suyo. Se ajustaron unos casquetes metálicos con electrodos a la cabeza. Aquel mecanismo electrónico podía ser su único contacto posible con el pasado, cuando aparecieran en el siglo XXVII, si todo funcionaba bien. Los investigadores británicos podrían seguir sus movimientos y peripecias a través de la computadora central, conectada a sus mentes a través del tiempo.

Pronto comenzaron una serie de zumbidos en el exterior de la cabina cilíndrica. El suelo vibró, las paredes temblaron. Aquella mencionada sensación de vértigo apareció en ambos. Se apretaron las manos con fuerza, mirándose el uno al otro. Kate sonrió dulcemente.

—Valor, querido —murmuró—. Tengo fe en ti. Sé que esto puede resultar...

Cerró los ojos. Johnny quiso tenerlos abiertos, pero todo empezó a darle vueltas y las imágenes se deformaron ante sus pupilas. Bajó los párpados, respiró hondo y sintió una profunda opresión en el pecho.

Luego, paulatinamente, ocurrió lo que había presagiado el profesor O'Rourke: empezó a perder la noción de las cosas, su mente se nubló, pareció flotar en una semiinconsciencia dulce y confortante. Ya no notaba los dedos de Kate entre los suyos. Dejó de experimentar sensaciones físicas. Su mente se fue hundiendo en una sima profunda y oscura. Dejó de pensar, de sentir, y se precipitó a aquel abismo carente de emociones, ideas y toda clase de impresiones físicas o psíquicas.

Johnny se sumergió en la nada absoluta, junto a Kate. Y, después...

* * *

Después, el futuro.

El futuro. Un remoto desconocido futuro.

Johnny Kronos y Kate supieron que el viaje increíble se había realizado apenas abrieron sus ojos a la realidad circundante.

Atrás quedaba un periodo inconcreto de aturdimiento, inconsciencia y aislamiento total de cuanto les rodeaba. Pudo haber durado segundos o tal vez una eternidad. Johnny sabía por propia experiencia que incluso una inmensa cantidad de años, de siglos, podían parecer a veces muy poco, a pesar de cansar tanto.

—Johnny... —susurró Kate con voz apagada, todavía torpe, confusa—. ¿Qué ha ocurrido realmente? ¿Dónde estamos ahora?

—Supongo que en el mismo lugar en el Espacio de donde partimos: en Inglaterra, exactamente en las afueras de una pequeña ciudad llamada Chelmsford. Lo que ignoro es *dónde* estamos en el Tiempo. Si todo ha salido bien, si el experimento intemporal del profesor O'Rourke ha sido un éxito, estamos en el siglo XXVII, casi en el XXVIII.

—¿Cómo saberlo, Johnny? —Kate miró en torno, más recuperada, sin atinar a ver claro ni a interpretar lo que veía--. Esto no nos revela demasiado…

—Es cierto —asintió Johnny contemplando cuanto les rodeaba—. No aclara nada, ésa es la verdad, Kate...

Apretó con fuerza la mano de ella y escudriñó cada detalle del paraje donde, como por arte de una extraña magia, habían aparecido sentados sobre unas piedras lisas, sin ataduras ni muros circulares metálicos. Simplemente sentados en un paraje sin edificios, rodeados de arboledas extrañas, irreales.

—Es un extraño color el de esta flora —musitó Kate—. Todo es gris, color metálico, Johnny. Casi me da miedo.

Era cierto. La vegetación parecía plomo caprichosamente modelado de forma de tallos y hojarasca, los árboles formados por troncos aluminizados de ramajes rígidos, como de acero. El propio cielo tenía un matiz feo y triste, como de lámina de metal oxidado. El aire, quieto y algo cálido, resultaba incluso sofocante.

Johnny caminó unos pasos. Alargó su mano. Tocó despacio aquellos arbustos. Sus cejas se arquearon, en señal de perplejidad. En

sus ojos hubo un destello de asombro y a la vez alarma. No conforme con eso, sus dedos rozaron luego el tronco de un árbol. Se inclinó y arañó el suelo, cubierto asimismo de una capa de arenilla gris, como si estuviera compuesta por partículas de metal opaca, color plomizo.

—Dios mío... —oyó musitar Kate a su compañero. Y el tono de voz de Johnny denotaba algo más que preocupación. Ella hubiera jurado que por primera vez le veía asustado por algo.

Sin saber la razón, se sintió inquieta. Apretose a él, y murmurando en tono inseguro y débil:

—Johnny, ¿qué ocurre? Dime lo que sea...

El se volvió a mirarla. Su rostro era una máscara de incertidumbre y de recelos como rara vez le había visto. Lentamente, le dio su respuesta con ostensible preocupación:

—Kate, es inexplicable... No es que esa vegetación que nos rodea *parezca* metálica. Es que *está hecha de metal.* Todo aquí es metal: la tierra, los arbustos, los árboles, la hierba... Todo, Kate.

Ella se quedó atónita, sin saber qué decir. Contempló angustiada aquella delirante flora metálica que les rodeaba como una absurda pesadilla imaginada por un artista del surrealismo en un delirante trabajo sobre metal.

—No es posible, Johnny... — logró articular.

En ese momento, una voz potente a sus espaldas clamó con virulencia:

—¡Matadles! ¡Matad a esos dos herejes malditos, pronto!

Ambos volvieron la cabeza, asustados. Presentían que aquella orden era dictada precisamente contra ellos.

Y acertaron.

# Segunda Parte
# EL FUTURO

## AÑO 2687 D.C. (o AÑO 664 DE LA ERA POS-NUCLEAR)

## CAPITULO PRIMERO
## JUNGLA DE METAL

Iban a matarles. La orden de muerte era contra ellos.

Johnny contempló aturdido a los personajes aparecidos súbitamente tras ellos, en el siniestro paisaje metálico. Eran cinco. Cuatro de aspecto metálico también y uno que al menos parecía humana

Este último era el que daba la orden. Iba completamente desnudo, pero le cubría una especie de tejido de plástico, translúcido, que sólo permitía siluetar su desnudez bajo aquella envoltura tan semejante a una funda artificiosa y que le enfundaba desde el cuello hasta los tobillos y las muñecas, dejando solamente fuera del tejido su cabeza redonda y rapada, sin apariencias de haber tenido jamás cabello, sus manos delgadas y pálidas y unos pies cortos y deformes, sobré los que se sostenía con alguna dificultad.

Los otros cuatro eran robots o algo muy parecido. Totalmente blancos, como metal esmaltado, de forma humanoide, articulados sus brazos, piernas y cuello, con cabeza oval, en la que se abrían articuladas, empuñaban unas raras armas cilíndricas, que dirigieron hacia ellos sin vacilar, apenas dio la orden el humano que los comandaba.

Johnny tomó a Kate con rapidez y se lanzó tras los árboles de metal, protegiéndose en ellos del ataque. Lo hizo muy a tiempo, porque aquellos tubos lanzaron delgadas estrías de luz cegadora, que al tocar las plantas de metal las disolvieron como si fuesen azucarillos.

—¡Vámonos de aquí si podemos, Kate! —jadeó Johnny con apuros—. Creo que de alguna manera han notado que somos extraños en su mundo, y me temo que no sea fácil; razonar con estos monstruos.

Agazapados entre la espesura metálica, que rozaba ásperamente sus ropas, la joven pareja corrió a toda prisa, perseguidos por aquellos rayos luminosos que se quebraban en las acerada vegetación con un sordo crepitar que precedía a la desintegración total de cuanto tocaban. Por fortuna, estaban logrando evadir de momento ser ellos el blanco de tales disparos aniquiladores, pero la situación se estaba poniendo difícil por momentos. En los alrededores no era

visible ningún edificio, los boscajes metálicos abundaban por doquier, y los cinco individuos habían iniciado su cacería lanzándose tras ellos aunque por suerte para ambos con alguna lentitud en sus acciones, dando la sensación de que no eran demasiado rápidos de reflejos ni los androides de metal blanco ni el humanoide que les daba órdenes.

—Esto se pone feo, querida —musitó Johnny, echando una ojeada atrás sin dejar de correr arrastrando consigo a la muchacha—. Es como si hubiéramos despertado de nuestro sueño fugaz de setecientos años en una selva de acero y aluminio, poblado por locos homicidas y máquinas exterminadoras. Esos tipos blancos son robots y el que los manda un humano de extrañas reacciones.

—¿Crees que este horrible lugar fue en otros tiempos la base científica británica de Chelmsford, donde el profesor O'Rourke nos proyectó al futuro? —indagó ella, dubitativa, mirando con angustia hacia sus perseguidores, que iban abriéndose paso en aquella monstruosa jungla, rígida y chirriante por la que pretendían huir de una muerte tan cierta como inexplicable.

—Estoy absolutamente seguro, Kate. Algo ha ocurrido en estos siglos para que las cosas sean tan diferentes. La Campiña inglesa era encantadora cuando llegamos a la central científica de Chelmsford en 1980, ¿recuerdas? Con su verdor tradicional, sus senderos flanqueados por setos y arboledas... Ahora, esto es más bien el sueño delirante de un enfermo mental o la obra de un creador enloquecido. Un mundo metálico, frío y rígido... No puedo entenderlo.

Un rayo se estrelló cerca de ellos, sobre un árbol de aspecto aluminizado. Su tronco se iluminó como si fuera fosforescente durante unos segundos, sus ramajes se disolvieron en polvillo gris, y finalmente el árbol todo se desintegró, dejando de existir.

Por fortuna, ante ellos se extendía ahora una especie de densa arboleda, tan metálica como el resto de aquel paraje de pesadilla, y hacia allá corrieron, describiendo un acentuado zigzag para no ser alcanzados sumergiéndose en la extraña espesura. Esta, al rozar sus ropas, las desgarraba por numerosos puntos, hasta el extremo de que los senos de Kate aparecían ahora semidesnudos y arañados, y las piernas de Johnny, ágiles y musculosas, también se mostraban entre jirones de su pantalón desgarrado. Su calzado emitía chirriantes crujidos sobre el plomizo suelo de gravilla de metal, que al

salpicarles en la velocidad de la huida, se incrustaba en sus carnes dolorosamente, como auténticas perdigonadas.

—¡Los intrusos deben morir! —clamaba la voz de su perseguidor en la selva gris—. ¡Son herejes que han quebrantado las leyes, y el Gran Controlador ha dispuesto su muerte sin remedio! ¡Acabad con ellos! ¿A qué esperáis? ¡Hay que matarles de inmediato!

—Me pregunto qué herejía estamos cometiendo —murmuró Johnny roncamente, dirigiendo otra preocupada ojeada a sus espaldas—. Esos malditos están a punto de darnos alcance, por todos los diablos. No me gustaría que encontráramos la muerte aquí. Tú no volverías nunca a resucitar, Kate. Y yo..., seguiría en mi ser esa maldición eterna que es la vida.

—Ocurra lo que ocurra, sé que habrá sido por tu afán de luchar por unir nuestros destinos en uno común, Johnny —repuso ella, mirándole dulcemente, sin dejar de correr aferrada a él—. Y si me sobrevives durante siglos, sabré que cuando menos alguien piensa en mí durante el resto de su existencia...

—No, no. Sería demasiado horrible llorarte y evocarte durante una eternidad, Kate —rechazó Johnny angustiado—. Deseo morir, morir de verdad, definitivamente, por última vez...

Tropezó ella en unos arbustos rígidos e hirientes. Gritó, dolorida, al sentir rasguños acerados en su cara y sus brazos. La sangre goteó por su fina piel sedosa. Johnny, furioso, se agazapó, para protegerla, mirando en tomo alarmado, dada la proximidad de sus implacables perseguidores.

—Animo, querida, hay que seguir —jadeó . Esos tipos nunca nos darían cuartel, estoy seguro de ello. No buscan prisioneros, sino cadáveres...

Ella asintió. A viva fuerza se incorporó, se agarró a Johnny y reanudaron su carrera pese a que la sangre corría ahora por los brazos, manos y rostro de ambos jóvenes, heridos por las afiladas puntas de aquellos hierbajos siniestros, formados por rígido metal.

Inesperadamente, en medio de aquella espesura ominosa y cruel, surgió un brazo humano, una mano agitándose entre los arbustos hacia ellos, con gestos de atención muy claros.

Les estaban llamando con apremiante urgencia. Les pedían ir hacia aquella misteriosa mano surgida sorprendentemente de la grisácea vegetación circundante.

—Puede ser una trampa, pero no puede resultar peor que caer en manos de esos robots y su jefe —murmuró Johnny—. ¡Vamos allá, Kate! Parece que se trata de un ser humano..., y posiblemente resulte un amigo; ya veremos.

Tiró de ella vivamente, en dirección al brazo armado en la jungla de metal. Se introdujeron por una angosta abertura entre los matorrales grises, y vieron con asombro a un hombre enteramente desnudo, haciéndoles gestos de apremio. Este no llevaba sobre sí tejidos, pero tampoco su cráneo era calvo, sino provisto de una larga melena oscura desordenada.

—¡Vamos, pronto! —les gritó en inglés—. Venid los dos, tenéis que ocultaros antes de que sea demasiado tarde. ¡Os va la vida en ello!

Johnny no se hizo de rogar. Siempre con Kate a su lado, fuertemente sujeta, se aproximó al desconocido, que les señaló un punto en la espesura gris. Ambos vislumbraron una abertura umbría, una especie de caverna horadada tras los matojos de metal.

—¡Adentro! —apremió el desconocido—. ¡Es la única posibilidad de escapar, amigos!

Johnny no sabia si realmente podían considerar un amigo a aquel hombre pero cuando menos no llevaba armas y parecía pretender ayudarles. Le siguieron por la oquedad, penetrando en una oscura y profunda galería perforada tras la pared metálica formada por falsos matorrales.

El desconocido les precedía a todo correr, adentrándose en el laberíntico y sinuoso recorrido del túnel. La luz dejó de brillar a sus espaldas, pero eso más que una señal de inquietud para ambos, les pareció un auténtico alivio. Si lograban burlar a sus perseguidores armados con aquellos proyectores de luz desintegradora, tal vez pudieran comprender lo que sucedía en aquel extraño mundo y hacerse una idea más clara de su situación.

La carrera por la caverna continuó un breve tiempo. Inesperadamente, brilló una luz al fondo. No era diurna, no era naturalismo producida por alguna antorcha. El hombre que les servía de guía en aquella desesperada fuga, caminó hacia la luz. Les tranquilizó con breves palabras:

—No temáis y seguidme. Son amigos que nos esperan. Creo que estáis a salvo.

No podían hacer otra cosa que obedecerle, y así lo hicieron. Momentos más tarde, llegaban a una zona del subterráneo donde la caverna se agrandaba, formando una plazuela circular, a la que confluían cuatro o cinco galerías interiores. Sobre unas rocas, brillaba la luz. No era una antorcha ni nada parecido. La luz provenía de una esfera aparentemente de piedra, que despedía una llama anaranjada y muy viva. Johnny no captó por parte alguna la existencia de una mecha o una bujía, ni tampoco la salida de algún combustible. La propia piedra parecía ser el producto que ardía con tan claro resplandor.

Lo más sorprendente era lo que aquella claridad revelaba: había una docena o más de seres humanos en la gruta. Todos enteramente desnudos y de larga melena, como sí el mundo hubiera vuelto a la era de las cavernas. Pero sus cuerpos no eran velludos ni sus rostro simiescos. Tenían expresión de inteligencia, pero también de temor y de recelo al mirarles a ellos.

—¿Para qué los has traído,. Ury? —preguntó uno con voz destemplada, señalando a Johnny y a su pareja—. Pueden ser peligroso...

—Un oficial de control y una patrulla de Oleks les perseguían. Iban a matarles. Están pulverizando el bosque con sus cargas de fotoflúor desintegrante.

—¿Y qué? No es asunto nuestro. Pueden complicarnos; mucho la vida, Ury, debiste pensarlo. Además, van vestidos con extrañas ropas antiguas. Ni siquiera son fieles a la ley. Sí, son un peligro. Los herejes no pueden esperar nunca perdón. Ni tampoco los que les ayudan.

—Basta, Rag —cortó el llamado Ury con aspereza— Necesitaban ayuda y son humanos. Eso debe bastarnos.

—¡Humanos! ¡Bah! —rechazó el tal Rag con gesto adusto—. Ni siquiera pódemes estar seguros de eso. El Gran Controlador posee toda clase de seres androides a su servicio. Y sabes bien que los hay que parecen igual que nosotros.

—Ellos no son como nosotros —intervino otro de los presentes, llamado Gar—. Miradles. Llevan el cabello corto. Ropas de otra época muy remota, tal vez disfraces o algo así. Y tienen la piel delicada. Muy delicada. Observa que los arbustos les han herido. Sangran.

Johnny frunció el ceño y miró a los que les rodeaban. Pese a su

desnudez total, que Kate miraba un poco cohibida, no mostraban en su piel huella de arañazo alguno. Creyó captar un endurecimiento epidérmico poco explicable en todos .ellos.

—Claro que sangramos —habló Johnny por vez primera—. Ese bosque maldito es de metal, no de vegetación auténtica. Es como correr entre hojas de afeitar y navajas afiladas. ¿Es qué vosotros no sangráis? .

Se miraron entre ellos, estupefactos, como si no entendieran sus palabras, pese al correcto inglés con que Johnny se expresaba. Gar avanzó, hablándole agriamente:

—¿Es que no sabes acaso que ya no existe vegetación en el mundo? ¿Vas a decimos ahora que ignoras que los únicos bosques y campos que quedan en el planeta están hechos de metal, para que los leales al Sistema Nuevo disfruten del placer de la campiña?

—No entiendo de nada de cuanto decís. No sé qué es el Sistema Nuevo, no sé quiénes son los fieles a ese sistema, ni quién es el Gran Controlador, ni me explico por qué nos llamaron herejes y quisieron asesinarnos sin hacer ni siquiera una sola pregunta.

—Me asombras, amigo —terció Ury, con gesto de extrañeza—. ¿De dónde venís que ignoráis todo eso?

—De muy lejos, Ury —reveló Johnny con firmeza—. Sería difícil explicároslo ahora. Sólo deseo saber en qué año estamos, qué lugar es éste..., y qué ha pasado en Inglaterra para que las cosas sean tan diferentes a como las hemos conocido nosotros.

—¿Les oyes, Ury? —se mofó Rag airado—. O pretenden burlarse de nosotros, o son gente peligrosa, llegada Dios sabe de dónde...

—Yo no creo en una ni en otra cosa —rechazó Ury. Miró con simpatía a Johnny y habló—: No sé si sabes que estamos en el año 2687 de la Era Cristiana. Pero para nosotros éste es el año 664 de la Era Pos-Nuclear.

—¿Era Pos-Nuclear? —se estremeció Johnny, intuyendo algo horrible tras aquella definición—. ¿Qué significa eso?

—¿De dónde venís que ignoráis todas esas cosas?—clamó Rag—. ¿Acaso no sois de este mundo? ¿O sois solamente androides mal programados?

—Somos humanos, Rag. Como tú y como todos vosotros —se irritó Johnny, volviéndose a él y mirándote colérico—. Pero venimos de muy tejos. De otro lugar en el Tiempo, para ser exactos. Del año

1980. No te diré cómo hicimos el viaje porque seria difícil y largo de relatar. Pero estamos aquí y lo ignoramos todo sobre lo que nos rodea. Estas ropas que veis sobre nosotros, son auténticas de nuestra época.

—Tal vez viajaron con el Proyector del Astro núcleo —señaló uno de los presentes.

— Imposible! —rechazó Ury—. Sólo los muy leales, los más próximos al Gran Controlador usarían el Astronúcleo y su Proyector. Ellos no parecen gozar precisamente de la amistad del Gran Controlador y sus oficiales de Control.

—¿Y si fueran espías para aniquilarnos? —sugirió Gar,| siempre insidioso.

—Tonterías —cortó Ury—. No recurrirían a términos que pudieran hacernos pensar que son privilegiados capaces de usar el Astronúcleo. Yo quiero creer lo que dicen. Escucha, amigó: hace seiscientos sesenta y cuatro años, alguien apretó un maldito botón y desencadenó la guerra total nuclear sobre el planeta. Era justamente el año 2023 después de Cristo. El mundo resultó destruido casi totalmente, por efecto de bombas atómicas, de hidrógeno, neutrónicas, etcétera, Durante generaciones enteras, los supervivientes sufrieron tumores, dolencias, mutaciones horribles y alteraciones genéticas. La Tierra resultó calcinada, contaminadas las plantas. Siguió un larguísimo invierno nuclear en el que la vida animal y vegetal se fue extinguiendo lentamente. Quedaron sólo yermos, páramos inmensos, calcinación y ruinas. Poco a poco, la vida volvió a intentar rehacerse. Surgieron sistemas políticos nuevos, naciones distintas y otra forma de ver la existencias en este atormentado planeta. Se aprovecharon viejos descubrimientos y reservas de minerales para reconstruir algo. Pero ya nunca fue posible hacer crecer las plantas, Se idearon artificiales vegetales de metal. Los hombres nos endurecimos físicamente, y nuestra piel no se arañó con los bordes metálicos de las plantas. Así, paulatinamente, llegamos a este presente nuestro. Pero la raza humana fue esclavizada por sistemas totalitarios severísimos, la tiranía volvió a reinar en el mundo, y esta Inglaterra de hoy es buena prueba de ello. El Gran Controlador gobierna las Islas y parte del continente que un día fue Europa. Bajo sus órdenes, los más leales le apoyan, los androides y robots creados para ejército fiel y esclavos adictos. Y los

pocos que, como nosotros, se rebelaron contra la tiranía, nos vemos confinados a covachas y una vida clandestina, dura y difícil, perseguidos por los sicarios del dictador. Esa es la situación.

—Dios mío... Empiezo a entender. Esos androides blancos son guiados por un hombre con el cráneo rapado, vestido de plástico...

—Un oficial de control o waleg, como se les llama vulgarmente. Los walegs son reclutados de entre los leales al Gran Controlador.

—Y el Gran Controlador,.., ¿quién es?

Los hombres se miraron entre sí, inquietos. Rag meneó la cabeza con disgusto. Ury explicó parcamente;

—Eso, nadie lo sabe. Nadie puede verle cara a cara. Es el amo y señor de Europa. Nuestro tirano implacable. Pero jamás lo hemos visto. Sus guardianes de élite le protegen de toda visita, en el Palacio de Cobalto Negro de Ciudad Centro, donde antiguamente existió ese Londres que, sin duda, vosotros llegasteis a conocer.

—Así es. Lo conocimos. Resulta terrible imaginar que tampoco existe ya...

—Dejó de existir cuando se produjo el holocausto total, en el año 2023. Sobre sus ruinas repletas de cuerpos mutilados, abrasados o desintegrados, se edificó luego lo que ahora es Ciudad Centro. Una urbe que tampoco os gustará a vosotros. Todo metal, frío y desnudo, helado y hermético. Avenidas de arboledas de acero o aluminio, parterres de latón, tierra metalizada... Y bloques de nuevas aleaciones que no conocéis, pero que hacen inexpugnables los edificios. Sobre todo, el cobalto negro de que se sirvieron para construir la soberbia estructura del palacio presidencial. Un metal que puede resistirlo todo. Y en su interior, el cuartel general del déspota, desde donde todo es controlado, incluso la mente de los humanas, leales o no.

—¿Y qué esperáis conseguir luchando contra una tiranía tan feroz y tan fuerte?

—La libertad. O la muerte —dijo con sencillez, encogiéndose de hombros—. Vale la pena intentarlo, ¿no?

—El mundo entero lleva siglos en esa pugna —suspiro meneando la cabeza—. Y todavía no lo ha conseguido, a 1o que veo. Os deseo suerte, sinceramente. ¿Esta es vuestra forma de vida?

—Sí. Debemos ocultarnos en los bosques artificiales, huyendo de los oficiales de control y sus patrullas androides, Aquí vivimos una

existencia dura y difícil, pero al menos somos libres.

—Entiendo. ¿Por qué nos calificaron de herejes a nosotros dos? No creo que hiciéramos nada delictivo…

—Es delito andar por los bosques del Gobierno. Este es uno de ellos: Y es herejía vestirse con ropas. Todo ser humano debe ir desnudo, es la ley. Solamente los oficiales de control llevan un ropaje plastificado:

—¿Y los leales al tirano?

—También, pero de otro color y forma. Lo que está totalmente prohibido es usar algo que recuerde los tiempos pasados: ropas de antaño, objetos de uso en otras épocas, como relojes, plumas, lápices, libros, papel, escritos, imágenes animadas, como el cinema, los hologramas o los videos… Todo, eso está prohibido bajo acusación de herejía. Eso implica la pena capital inmediata para el infractor, ¿comprendes ahora?

—Sí, creo entender —miró a Kate pensativo—. No me gusta vuestra época, Ury. Pero yo mismo elegí venir a ella en busca de algo. Y debo seguir aquí, me agrade o no.

—¿Qué es lo que buscas, exactamente? — preguntó Rag. receloso.

Johnny le miró ceñudo. No le gustaba aquel hombre irritable y desconfiado, pero formaba parte del grupo de sus salvadores y le debía una respuesta civilizada:

—Viajar al espacio. Lejos de la Tierra. Muy lejos. A millones de años-luz, para ser exacto. Dicen que en esta época eso es posible.

—Te engañaron miserablemente —gruñó Rag—. Eso no puede ser.

—Tal vez la computadora que me informó cometió un error. Dijo que en el siglo XXVII de la Era Cristiana, sería posible viajar en el espacio sin límites…

—Y así es —terció Ury pensativo—. Existe el medio de viajar al más remoto confín del Universo, si te refieres a eso. Antes se habló aquí de él: el proyector Astronúcleo.

—Entonces ¿por qué dice Rag que no es cierto?

—Porque también él tiene razón —suspiró Ury—. El medio existe, pero no está a tu alcance. Ni al de nadie.

—¿Por qué?

—Es exclusivo del Gran Controlador. El único Proyector Astronúcleo está en el Palacio de Cobalto Negra. Ningún ser viviente,

puede utilizarlo sin permiso del propio tirano; Y él jamás concede ese permiso a nadie.

—Cielos, es más difícil de lo que imaginé —se quejó Johnny, mirando desolado a Kate—. ¿No existe un medio de llegar a ese mecanismo y utilizarlo aun sin permiso de nadie?

—¡Dios, claro que no! —se asombró Ury—, ¿Quién sería capaz de semejante locura? No se puede entrar en la Ciudad Centro sin ser un leal probado y demostrado, con credenciales magnéticas que deben pasar rigurosos controles mecánicos. Y aun dentro de la ciudad, no se puede penetrar bajo pretexto alguno en el Palacio de Cobalto Negro si no se trata de un oficial de control, un waleg con autorización especial directa de los guardianos de élite o de la sección de la Seguridad Superior. Excuso decirte que no sólo no puede conseguir jamás algo parecido, sino que ni tan siquiera los leales ciudadanos de Ciudad Centro, adictos al Sistema Nuevo, pueden soñar con tal Cosa. Ahora, añade a eso que una vez dentro del palacio, ninguno de los privilegiados que pueden entrar allí disfruta ni remotamente de una autorización para, utilizar el Proyector Astronúcleo. Están prohibidos todos los viajes al espacio exterior. Eso también es ley. Se teme que cualquier nuevo proyecto de conquista espacial, pueda conducir a la Humanidad a un nuevo caos atómico. Ten en cuenta que en el momento de la gran catástrofe mundial, los satélites asesinos de ambos bandos actuaron como agresores del planeta, haciendo llover sobre él un alud de cohetes nucleares poderosísimos que aniquilaron virtualmente la vida en; la Tierra. Eso nadie lo ha olvidado, ni siquiera nuestro actual gobierno.

—Pues debo llegar a ese aparato sea como sea. Y viajar al espacio, a dos millones de años-luz de la Tierra —sostuvo Johnny con firmeza.

—Estás loco—le espetó, perplejo.

—Ya os dije que este tipo era peligroso —terció Rag con énfasis —. Podría causamos muchos males, tal vez un desastre. Sus palabras lo confirman. Debiste dejar que la patrulla les exterminara, Ury.

—Cállate de una vez, Rag —se enfureció Ury mirándote colérico —. Esta pareja son ahora nuestros huéspedes. Voy a intentar que lleguen a ser admitidos en Ciudad Centro. Pero luego, amigo, tendrás que valértelas por ti mismo. Y eso no va a ser nada sencillo, la verdad.

—Tú ayúdanos a que podamos entrar en esa urbe, y lo demás será cosa mía, Ury —rogó Johnny vivamente—. Hacer ese viaje al espacio es cuestión de vida o muerte para mí. Debo intentar conseguirlo, cueste lo que cueste.

—Sólo puede costarte un precio. Y es muy alto: tu vida y la de tu compañera —advirtió gravemente Ury.

—Lo sabemos —afirmó Kate serenamente—. No nos importa en absoluto, amigo.

## Capítulo II
## CIUDAD DE PESADILLA

Kate y Johnny se miraron en silencio. Su cuerpo, enteramente desnudó, aparecía pálido a la claridad solar difusa, tras aquellas brumas grises que envolvían el planeta desde Ja fecha del gran holocausto nuclear mencionado por los rebeldes del bosque metálico. Esperaban que eso no despertara sospechas en los controles de acceso a la Ciudad Centro.

Ante ellos se alzaban las gigantescas murallas inexpugnables, de una urbe totalmente metalizada, cómo una inmensa fortaleza de acero y hierro. Ante ellos, una larga hilera de gentes desnudas de ambos sexos y de las más heterogéneas edades, esperaban turno para entrar en la ciudad, como si fuese un recinto feudal en tiempos medievales. Eran artesanos, mercaderes y viajeros de probada lealtad al Sistema, provistos todos ellos de sus correspondientes tarjetas magnéticas de identificación, que rígidos y sofisticados controles ciudadanos someterían a examen minucioso antes de permitirles el acceso al interior urbano. Guardianes androides de metal blanco patrullaban por delante de las murallas de oscuro metal broncíneo, en silenciosa guardia. Oficiales de Control de rapado cráneo y ropaje de plástico, asomaban por troneras y oteaban al exterior a través de estrechas aspilleras.

—¿Crees que entraremos? —musitó Kate, dubitativa, todavía avergonzada por exhibir en público su hermosa figura, al aire sus pequeños y firmes pechos, su cuerpo esbelto y suave de curvas, su pubis cobrizo entre los blancos muslos, costándole mucho no taparse con ambas manos, cada vez que la indiferente y vacía mirada de un ciudadano en la cola de espera se fijaba en ella.

—No lo sabremos hasta que llegue el momento —sonrió animoso Johnny, dirigiéndole un mudo mensaje de aliento con la mirada—. Pero hay que confiar en que las dos credenciales *que* nos entregó Ury den resultado positivo.

—Pertenecieron a un hombre y una mujer leales al gobierno de ese tirano, ¿no?

—Así es. Demasiado leales, incluso. Se llamaban Zía y Andró. Murieron en el bosque metálico, cuando intentaba exterminar a los rebeldes. Conservaban sus credenciales por si alguna vez les eran

útiles en su labor de ataque al Sistema.

—Y han renunciado a ellas por nosotros.

—Así es. Eso a Rag no le ha gustado nada, pero Ur quiso ayudarnos. Es un buen hombre. Yo le he prometió intentar algo en su lucha por la libertad, si tengo ocasión de conseguirlo.

—Eso es imposible, él debería saberlo.

—El lo sabe. Creo que renunció a un posible recurso en beneficio nuestro. Eso merece nuestra gratitud eterna. Y le juro que si me es posible, les ayudaré como prometí.

—Calla —musitó Kate, mirando por encima de su hombro con rapidez—. Viene un oficial de control. No me gusta su aspecto, Johnny.

—Chist. No uses ese nombre en lo sucesivo. Recuerda que soy Andro. Y tú eres Zia, querida... —susurró él, sin volverse siquiera.

La sombra de alguien se proyectó sobre ellos. Johnny alzó la cabeza. Su mirada se encontró con la del guardián. Se alegró de llevar, como Kate, una peluca proporcionada por Ury y su gente. Pelo largo, conforme a lo legislado para los ciudadanos de Ciudad Centro, aunque no tanto como lo usaban los rebeldes. Su cabello del siglo XX hubiera sido demasiado revelador ahora.

—Buenos días —saludó secamente el hombre de cabeza calva y ojos estrechos, mirándoles inquisitivo—, ¿Ciudadanos o forasteros?

— Ciudadanos, oficial —contestó calmoso Johnny—. Volvemos a casa tras un viaje.

—Entiendo. ¿Fuisteis muy lejos? —preguntó sin pestañear.

Johnny se alegró de haber sido adiestrado por Ury. Respondió sin demora:

—Bastante lejos. Hasta Nuevo París, por turbobús.

—Es un bonito viaje. Dicen que allí las mujeres se tiñen la piel de colores —rió, mirando luego inquisitivo la desnudez dé Kate, hasta que ésta sintió el cálido rubor de la vergüenza en sus mejillas. Por fortuna, el oficial de control se había vuelto a Johnny, y éste se apresuró a reír, afirmando:

—Así es, oficial —confirmó—. He visto chicas teñidas de púrpura, ocre o azul, paseando por los bulevares reconstruidos. Pero no son muy recomendables para personas honestas.

El oficial asintió, riendo, y se alejó tras saludarles. Kate respiró hondo.

—Uf, tuve miedo — confesó—. Menos mal que Ury nos informó bien respecto a esas cosas, Joh…, digo Andró.

—Sí, Zía, así es —miró en torno, mientras se aproximaban cada vez más a la puerta de la ciudad—. La primera prueba ha resultado. Esperemos que también esta de ahora...

Cuando un androide de metal blanco introdujo sus credenciales en las ranuras correspondientes, comenzó para ellos un calvario breve pero muy tenso. Unas luces y una pantalla electrónica debían señalar si eran personas de fiar o no. Los segundos que tardó la máquina en registrar sus credenciales, se les hicieron siglos.

Al fin, las luces verdes y una serie de cifras en la pantalla, indicaron algo al androide, que les devolvió sus tarjetas y dijo con voz metálica y monocorde:

—Andró y Zía. Humanoides varón y hembra. Lealtad absoluta comprobada. Nivel Dos de confianza social. Pueden pasar.

Respiraron hondo, una vez en las frías, asépticas calles de una urbe metálica, lineal y gélida, donde abundaban los matices grises y pardos, de una dureza cromática casi cruel a los ojos. Arbustos imitados en metal salpicaban los bulevares en un remedo agrio de naturaleza viva. Césped artificial formaba bloques compactos y fríos ante las viviendas sociales

Caminaron por las aceras rodantes, unidos a millares de desnudos cuerpos humanos totalmente indiferentes a su presencia. Sólo las fuerzas de seguridad o control deambulaban por doquier con uniformes plásticos. De vez en cuando, el paso de un vehículo movido por turbinas silenciosas, a unas yardas por encima de la multitud de peatones, permitía dé cubrir a un conductor y unos viajeros ataviados de plástico color vivo y con formas caprichosas. Eran los leales de primera categoría, personas de elevada condición social, muy afines al Sistema o bien ocupando altos cargos en la sóciedad del Gran Controlador.

—No me gusta esto, Andro —musitó Kate en un paso de peatones algo menos populoso—. Es una ciudad horrible

—Opino igual. Londres era mucho más hermoso. Imagino lo que serán París, Nueva York, Roma… Dios mío, que locos fueron. Destruir tanta belleza, para convertir al mundo en una inmensa cárcel de metal regida por tiranos...

—¿Adónde nos dirigimos ahora, Andró?

—A un hotel, Zia. No podemos arriesgamos a vivir en alojamiento social de los verdaderos Andró y Zía. Los vecinos podrían descubrir la supercherία fácilmente.

—¿No desconfiaran en el hotel de que dos ciudadanos se alojen allí?

—No lo sé. Debemos intentarlo. Diremos, si pregunta, que nuestra morada está inservible por alguna razón. Dijo Ur que los hoteles acogen a muchos mercaderes forasteros y los visitantes del continente. Esperemos que haya suficiente para que no se fijen demasiado en nosotros dos.

—Es horrible ir desnudo por todas partes. Andró.

—Lo sé. Tampoco a mí me complace, pero no podemos hacer otra cosa.

—¿Cómo esperas penetrar en ese Palacio de Cobalto Negro y, sobre todo, llegar hasta el Proyector Astronúcleo? Parece una obra imposible.

—Y, tal vez lo sea—suspiró Johnny, encogiéndose de hombros—. Pero debo intentarlo todo antes de darme por vencido, querida. Y te aseguro que lo intentaré pronto.

—Pero ¿cómo, por el amor de Dios?

—Lo ignoro todavía —sonrió Johnny irónicamente—. Espero que algo me ilumine…

Entraron en el hotel. Era un enorme edificio, una gigantesca colmena de metal, con escasas comodidades en su interior, grandes estancias de muros desnudos, ascensores vertiginosos y suites gélidas y nada acogedoras en sus diversas plantas.

Se registraron sin problema como forasteros en transito, y fueron enviados a la suite 8-86, de la octava planta. Apenas hubieron dejado en ella el ascensor, camino de su suite, se encararon con una desagradable e imprevista sorpresa.

Ante ellos apareció un hombre de cráneo grande y rapa- do, ataviado con el mono de plástico de los oficiales de control. Le escoltaban dos androides de metal blanco, armados con aquellas extrañas pistolas de rayos desintegradores que ya vieran en el bosque metálico.

—Volvemos a encontrarnos, ¿verdad? —preguntó sarcástico *el* hombre del cráneo rapado, encañonándoles con un arma idéntica—. Sólo que esta vez, por lo que veo, fingís ser ciudadanos leales al

Sistema... Vais a morir los dos, extranjeros herejes...

El arma del oficial iba a vomitar la muerte disolvente contra ellos, en forma de rayos de fotoflúor. Era el mismo funcionario que les atacara en el bosque de metal a su llegada al siglo XXVII.

* * *

La vida de arabos dependió tan sólo de unas décimas de segundo realmente fugaces, casi inexistentes por lo breves y decisivas. Cuando menos, la existencia de Katé, ya que Johnny sabía que, una vez muerto, reencarnaría en alguien en alguna parte del espacio y del tiempo, siguiendo así inexorablemente su eterna condena a vivir sin final. |

En ese relampagueante espacio de tiempo, el hombre que con su vida había desafiado a todas las leyes del Tiempo, como amo y señor de todas las épocas y momentos de la Humanidad, salvó su existencia actual y la de Kate.

Y decidió el futuro de un intento que, hasta entonces parecía cosa de locos o de soñadores de imposibles: llegar a corazón del Palacio de Cobalto Negro y, por ende, al Proyector Astronúcleo...

Con fulgurante celeridad Johnny saltó como un tigre sobre el oficial de control que les cerraba el paso en el corredor de la octava planta del hotel y le arrebató con energía indomable el arma, destructiva de sus manos. Sin la menos vacilación lo dirigió contra los androides, que intentaban disparar sobre ellos con toda rapidez, siguiendo el grito instintiva que su jefe profería:

—¡Disparad, matadles! ¡Pronto!

Fue Johnny quien disparó primero en aquel terrible duelo que significaba tantas cosas para él. Su arma centelleó deslumbrante entre los dedos cuando oprimió un botón rojo bajo el cilindro proyector de luz mortal. Los rayos deslumbrantes cayeron sobre ambos androides.

De inmediato éstos parecieron incandescentes, brillar como fósforo, y luego extinguirse cual pavesas, convertidos en tenue humo y polvillo negruzco. De los dos robots no quedo ni el menor rastro.

El oficial de control chilló, despavorido, echando a correr hacia un ascensor con gritos agudos de terror. Johnny comprendió que si le dejaba escapar, en poco momentos serian capturados y ejecutados

sin remedio. Por ello, sin vacilar, alzó el arma y apuntó a la espalda del que huía. Apretó el resorte de nuevo.

El ramalazo de luz alcanzó de lleno al rapado individuo. Su uniforme translúcido se convirtió en cenizas, su cuerpo brilló como una bola de fuego, y luego se oscureció de súbito, en tanto jadeaba en espertor de agonía. Cuando el rayo de luz se apagó, ya no quedaba nada de él, ni tan siquiera el polvo. Había sido desintegrado.

—Cielos, no podía hacer otra cosa —se quejó Johnny—. Era su vida o la nuestra...

—Lo sé, Johnny. Pero ¿qué haremos ahora? —miró ella en torno —. Habrán escuchado lo ocurrido, vendrá gente...

—Entra ahí —señaló la suite 8-86, y empujó la puerta con su placa magnética de apertura. Kate entró rápida, y él la siguió. Luego cerraron tras ellos, quedándose inmóviles, en silencio. Fuera, en el corredor no ocurrió nada ni se captó ruido ó voz alguna.

—No se han enterado —murmuró Johnny—, Menos mal... Hemos terminado con un oficial de guardia, Kate. Mira esto.

Le mostraba el arma que arrebatara al hombre desintegrado. Llevaba anexa una especie de placa de identificación codificada a nombre de Ox, oficial de guardia número 1.262.

—¿Para qué servirá eso? — indagó Kate, pensativa.

—Tal vez para tener acceso a lugares prohibidos para otras personas..., como el Palacio de Cobalto Negro —sonrió Johnny—. Sólo necesitaré raparme él cráneo y conseguir un uniforme de plástico como el que llevaba él. Supongo que no va a ser difícil.

—¿Es que piensas entrar en ese horrible palacio del tirano? —se asustó ella.

—Es inevitable, querida. O entro allí, o no alcanzaremos jamás el Proyector Astronúdeo que nos puede conducir hasta Andrómeda, a presencia de la Maestra Astrix.

—Ese disfraz es peligrosísimo. Y ni siquiera garantiza que puedas alcanzar el Proyector... Además, si lo lograses estarías solo, no podría ir yo contigo a Andrómeda.

—Arreglaremos todo eso, seguro. Lo importante es poder penetrar en ese palacio hermético... Veré la forma de introducirte luego en él, Kate. Y juntos haremos ese viaje a dos millones de años-luz de distancia; ya lo verás.

—Tienes una fe increíble, Johnny Nunca te das por, vencido...

—Hemos llegado demasiado lejos para algo así. Ahora debemos seguir adelante a todo riesgo, ocurra lo que ocurra. No es posible ya volverse atrás, querida mía.

—Está bien. Haz las cosas conforme a tu voluntad e iniciativa. Yo te seguiré en todo.

—Eres adorable, Kate. —Le rodeó con su brazo y la besó—. Vale la pena hacer todo esto por ti, por estar a tu lado, por vivir sólo una existencia ya, junto a ti, mi gran amor...

Sus labios se unieron, sus desnudos cuerpos se acercaron el uno al otro insensiblemente, en un contacto cada vez más próximo, más estrecho, más cálido…

## CAPITULO III
## COBALTO NEGRO

La noche no era precisamente hermosa ni poética en Ciudad Centro.

Con la oscuridad nocturna llegaba una neblina densa y maloliente, que los renovadores de aire artificial de la urbe no podían disipar del todo. El cielo encapotado por eternas nubes plomizas cargadas de viejos residuos contaminantes, no mostraban luces estelares ni el azul del cielo límpido. Y las vías urbanas, con los bloques sombríos de sus cubículos, prismas y cilindros de oscuro metal formando la estructura ciudadana, contribuían a dar al lugar que un día se llamara Londres auténticos perfiles de pesadilla.

Johnny Kronos, sin embargo, no parecía en absoluto impresionado por el clima tétrico y hosco de aquella noche urbana tan distinta a las de los tiempos de donde él acababa de llegar viajando en el Tiempo. Ni siquiera sus remotos recuerdos de Menfis allá en el Antiguo Egipcio faraónico, eran tan lúgubres y siniestros como los actuales en la civilización del siglo XXVII.

Difícilmente hubiese podido reconocer ahora el padre O'Roure a su amigo de dos épocas, al verle de tal guisa, con su cráneo totalmente rapado, desnudo bajo un uniforme plastificado de materia translúcida, y exhibiendo en su cintura una extraña pistola capaz de desintegrar a cualquier forma física. Atrás, en una oscura calleja quedaban los cuerpos convertidos en polvo de dos androides metálicos y un oficial de control, un represor al servicio de la rígida dictadura del Gran Controlador.

Ataviado con sus ropas y con el cráneo pelado, avanzó hacia el enorme monolito prismático que en forma de torre de seis facetas negras, se erguía en medio de la urbe, sobre un montículo sembrado de plantas metálicas.

Era el Palacio de Cobalto Negro. Aquel extraño metal, aleación desconocida para él partiendo del cobalto natural para mezclarse con algún otro metal lustroso y negro como la misma noche, daba a la estructura palaciega del tirano un aire hermético, glacial y terrible, que sólo cosas horrendas podía presagiar.

Sin embargo, el iba a introducirse en aquella auténtica boca del lobo, mientras su amada Kate esperaría fuera, a la primera ocasión

en que pudiera ser accesible para ella el misterioso recinto palaciego.

Al menos, lo intentaría en su personalidad actual de oficial de control, Ox, número de credencial 1262, Tranquilamente, como lo más natural del mundo, subió la pendiente de la loma, para detenerse ante las enormes puertas negras del recinto, a la espera de una señal del interior que le permitiera identificarse. Sabía lo que se jugaba en el envite y sólo confiaba en su buena suerte. Pero en el fondo, pese a su sereno valor, sentía por vez primera algo parecido al miedo.

Miedo a morir, una experiencia nueva para él desde que se sintiera agonizar a las orillas del milenario Nilo, allá en su Egipto originario. Miedo a morir, pero no por su propia muerte, que sólo germinaría en una nueva vida, sino por Kate. Por perderla definitiva y totalmente...

—Identifícate —sonó de repente una helada y metálica voz en alguna parte.

—Oficial de control Ox, Número 1262 —recitó con frialdad, mirando ante si al bloque homogéneo y ominoso.

—Confirma identificación —replicó la voz con igual entonación deshumanizada.

Extrajo su arma y desprendió de ella la credencial adhesiva de metal plastificado, acercándola a la puerta sin saber exactamente qué hacer y confiando en su buena estrella para salir del apuro.

De nuevo en el negro palacio tomaron la iniciativa que tanto necesitaba él. En la negra superficie del portón, se abrió una escotilla invisible hasta entonces, en forma de mirilla circular. Por ella brotó una luz dorada, que hirió la superficie de la credencial y también la cabeza y uniforme de Johnny. Este se mantuvo tenso, espectante, temiendo lo peor. Pero aquellas credenciales, por fortuna, no tenían fotografía alguna de su poseedor. Sólo códigos cifrados y algo detéctatele electrónicamente sin duda.

El examen duró tos cinco segundos más largos para Johnny. La luz se extinguió y la mirilla se cerró de nuevo. La voz, metálica habló mientras él apretaba con fuerza su arma, esperando cualquier cosa adversa:

—Identidad comprobada. Puedes entrar. .

Silenciosamente empezaron a deslizarse ante él las inmensas hojas de aquella puerta ciclópea y una luz dorada apareció én el interior, alumbrando un gran vestíbulo vado y un largo corredor desierto, todo ello de muros metálicos tan negros como los de su fachada exterior.

Avanzó decidido, preguntándose cómo saldría de allí alguna vez y, sobre todo, como podría introducir en la zona prohibida del palacio a Kate, que esperaría fuera, oculta en la sombra, el curso de los acontecimientos.

Echó a andar resueltamente por el corredor, siempre confiando en su fortuna y también en el azar quizás favorable a sus planes. No ocurrió nada. Evidentemente, era cosa rutinaria que un oficial de control entrase en palacio por la razón que fuese, y nadie allí dentro se extrañaba demasiado por ello. Por el momento, eso jugaba a su favor, a fin de cuentas. Pero temía que su buena suerte no durase demasiado.

Inesperadamente, alguien surgió al fondo del corredor. Johnny redujo el ritmo de sus pasos, preocupado pero con aire sereno. Vio venir hacia él a tres hombres de uniforme negro lustroso con distintivos plateados. Sus cráneos rapados mostraban una especie de

casquete de metal asimismo negro, pero provisto de un disco plateado que emitía destellos.

—Seguro que son miembros de la guardia de élite —se dijo a sí mismo—. La protección personal y fiel a toda prueba del Gran Controlador...

Se cruzó con ellos. Le miraron indiferentes, sin cruzar siquiera un saludo, pero también sin preguntarle cosa alguna. Quedaron atrás, a su espalda, y Johnny respiró aliviado. Un mal trance había pasado por el momento. Su confianza creció de grado.

El corredor dio paso a una escalinata ascendente, por la que subió confiadamente, sin saber exactamente adónde iba. De súbito, una luz roja apareció ante él. Una voz tan metálica e impersonal como la que le interpelara en la entrada, brotó de algún oculto amplificador ante él, con tono más bien seco y poco amistoso:

—Cuidado, visitante. Estás a sólo cien yardas de la Zona Restringida. No sigas, a menos que tengas prioridad absoluta. Se detuvo, pensativo, mordiéndose el labio. Zona Restringida. Prioridad absoluta. ¿Estaba llegando cerca del Gran Controlador? ¿Qué había en aquella Zona? ¿Acaso el Proyector Astronúcleo, capaz de enviar materia o seres vivos a millones de años-luz, mediante transporte automático de átomos?Siguió avanzando, tras una leve duda, resuelto a todo. De nuevo a poca distancia brilló otra luz roja, mucha más intensa, y la voz avisó, tajante:

—Cincuenta Yardas a la Zona Restringida. Si sigues, deberás demostrar tu prioridad absoluta, o en caso contrario serás exterminado.

Así, sin rodeos de ninguna especie. La cosa estaba bien clara. La Zona Restringida debía ocultar algo muy importante para que adoptaran tales medidas de control.

Dio unos pasos más, decidido a jugarse el todo por el todo a una sola carta. Sabía que era su única posibilidad allí. Si demoraba su acción, de un modo u otro descubrirían la superchería y serían implacablemente cazados dentro .de la ciudad de metal tanto Kate como él.

Se detuvo de nuevo al hallarse bajo un arco voltaico de luz irisada, ante el cual se erguían dos de aquellos hombres de uniforme negro lustroso, casquete de metal y disco plateado luminoso. Le miraban con expresión hostil. Uno alargó su mano, enguantada

igualmente de negro. El otro le cubría con un arma negra, alargada, diferente a la que él portaba.

—Identificación —le pidieron—. Y control de prioridad absoluta para pasar a la Zona Restringida.

Les miró sonriente, seguro de sí, pese a la tensión que sufría interiormente en ese preciso momento tan vital para él y para sus planes.

—Claro —dijo— ¿Esperáis acaso que pretenda suicidarme sin traer todo en regla?

—Por supuesto que no —el otro esbozó una forzada sonrisa también—. Pero ya conoces las reglas. Son iguales para todos, oficial.

El asintió, mostrando su credencial, que el otro examinó atentamente, devolviéndosela con indiferencia. Luego exigió, mientras el otro guardián especial de élite bajaba confiado su arma, ante la segura firmeza del visitante.

—Correcto, todo en orden. Ahora, el certificado de Prioridad.

Johnny afirmó indiferente, empezando a buscar en sus ropas plásticas. Como al azar, su mano rozó el arma que llevaba en la cintura, sin parar de buscar. Inesperadamente para sus interlocutores, alzó el arma sin desprenderla del cinturón, y la disparó sobre ellos implacable y velozmente.

Su acción sorprendió por completo a los dos guardianes de élite. La carga destructiva en forma de rayo luminoso abajó sobre ambos, convirtiéndoles por un instante en antorchas vivientes y cegadoras. Luego, nada. Se extinguieron por completo.

Johnny había graduado e] arma, de forma que sólo el cuerpo humano fuese afectado por la intensidad desintegradora de la carga. Ropas, y cascos metálicos quedaron en tierra como único vestigio de los abatidos, junto con sus credenciales y armas.

Se inclinó, rápido, mirando en derredor con sus armas a punto. No descubrió signo alguno de alarma. Había sido tan fulminante, que nadie en la zona había detectado la anormalidad. Respiró hondo y tomó los útiles de aquellos guardianes. En escasos segundos, se despojó de sus ropas de oficial de control y las sustituyó por las de los- guardianes de élite aniquilados. Guando se aplicó el casco / negro a la rapada cabeza, sucedió algo sorprendente.

De inmediato notó una conexión mental con algo o *alguien.* Era la sensación de tener contacto con un teléfono que en ese momento no

transmitía nada. Pero que podía hacerlo en cualquier momento. Percibía nítidamente la existencia de un canal de comunicación psíquica a distancia, con una fuerza mental determinada, muy intensa y concreta, aunque en estos momentos dormida o en letargo. Eso le inquietó, pero era tarde para volverse atrás por cualquier posible temor a lo desconocido.

Se sintió seguro con sus ropas de guardián de élite. Era la máxima categoría que podía alcanzar en aquel palacio. Ese disfraz, al menos de momento, le abriría todas las puertas. Vio que las credenciales de los eliminados tenían una franja roja con el distintivo de prioridad total. Eso debía ser bueno para sus planes. O funesto, nunca se sabía.

Una vez ataviado con el negro y brillante uniforme, se encaminó con rapidez hacia el exterior de nuevo, despreciando pasar por aquel arco de luz de color« a la Zona Restringida. No haría tal cosa a menos que le acompañará Kate.

Y eso es lo que iba a hacer ahora, si es que ello, era posible para un guardián de élite en el Palacio de Cobalto Negro.

No tuvo problemas para volver a salir allí con su actual indumentaria y credenciales, ante las que todas las puertas y accesos electrónicos se abrían dócilmente. Una vez fuera, en la tétrica noche urbana; silbó, llamando a Kate. La joven, con su cráneo también graciosamente rapado, ausentes sus bellos cabellos rojos, se apresuró a reunirse con él, saliendo de entre la espesura metálica de los falsos jardines que rodeaban el recinto del tirano.

—Todo a punto —silabeó Johnny, tendiéndole las ropas—. Vístete de guardián de élite..., y que Dios nos ayude, que falta va a hacernos, querida.

Ella asintió, apresurándose a obedecerle. Momentos más tarde, ambos pasaban sin el más leve problema el control de palacio, penetrando en él rápidamente. Se encaminaron a la Zona Restringida de nuevo. Todo seguía igual dentro del palacio. Nadie había advertido aún cosa extraña alguna entre sus muros, por fortuna para ellos. Pero de nuevo, en dos ocasiones, Johnny sintió en su mente algo raro, un hormigueo inquietante, *como* si fuera aquella fuerza mental que podía establecer contacto con su cerebro en cualquier momento, estuviera despertándose por alguna razón...

—Vamos, Kate —dijo cuando estuvieron ante el arco voltaico irisado—. Entremos a todo riesgo. Algo me dice que nos queda poco

tiempo, y que las cosas no van a ser tan fáciles para nosotros…

## Capitulo IV
## EL GRAN CONTROLADOR

Eran interminables corredores de suelo basáltico, negro y reluciente como un espejo sombrío. Sus figuras se reflejaban en él perfectas, nítidas. Casi no se reconocían a sí mismos, con sus cráneos rapados, sus casquetes de metal con el disco brillante, su uniforme negro lustroso. Pero eran ellos.

Y estaban buscando el Proyector Astronúcleo.

Por el momento la búsqueda no había tenido éxito, pero ahora confiaban en tener la información necesaria. Habían llegado ante una especie de ordenador incrustado en el muro de metal, y provisto de una pantalla luminosa sobre el tablero de controles.

—Probemos aquí —indicó Johnny, tras una mirada reflexiva en torno suyo—. Creo que tal vez esa información pueda estar almacenada en algún cerebro electrónico de este horrible palacio...

Se situó ante los mandos y tabaleó, formando la frase «Proyector Astronúcleo». Esperó, sin que nada apareciera en pantalla. Guiado por su instinto, anotó seguidamente en el computador su número de orden y su identificación. De inmediato, la máquina funcionó. Comenzaron a pasar cifras y datos por la pantalla, hasta qué, finalmente, se concretó un plano tridimensional en la misma, Con el indicador en letras rojas anunciando:

PROYECTOR EN ZONA RESTRINGIDA B. CORREDOR D-11, NIVEL 7. ELEVADOR BZ-222.

PROHIBICION ABSOLUTA DE USO SALVOS PARA PERMISO EXCEPCIONAL DE CLASE X.

APROXIMACION A LA ZONA DEL PROYECTOR RESTRINGIDA PARA TODOS SIN EXCEPCION. LAS INFRACCIONES SE CASTIGAN CON MUERTE INMEDIATA.

— No es muy alentador, ¿eh? —rió Johnny entre dientes—. Pero no nos queda otro remedio que intentarlo, Kate.

—¿Qué otra cosa podemos hacer ya?—suspiró ella, asintiendo—. Hemos llegado ya demasiado lejos para volvernos; atrás, ¿no crees?

—Por supuesto, querida. Estamos de acuerdo una vez más. Adelante con esto, y que sea lo que Dios quiera.

Se orientaron fácilmente mediante el plano detallado del computador. El vericueto de caminos dentro del palacio se hizo

simple para ellos gracias a aquel informe. Se cruzaron, en dos ocasiones con parejas de guardias de élite. Se saludaron unos a otros, sin que nadie recelase nada.

—Ya estamos —murmuró Johnny de repente, mostrando algo a Kate y parándose en seco—. Mira eso...

Ella miró. Un estremecimiento de excitación y esperanza la invadió.

Allí, ante ellos, estaba al fin el ansiado Proyector Astro-núcleo, la única forma posible en la historia del mundo para viajar a las estrellas en escasos momentos: la proyección de materia a distancia, a través de la nada.

Era una cámara cuadrangular, metálica por supuesto, emergiendo de un muro en una especie de plazoleta circular. Sobre ella, una cúpula de acero tal vez ocultaba el secreto científico más revolucionario de todos los tiempos: el poder de la materia para trasladarse a millones de años-luz de distancia. Una puerta hermética cerraba el acceso al interior de aquella cámara enigmática por la que tanto estaban luchando ambos. El único medio posible para llegar hasta Astrix, en Andrómeda.

—Vamos —jadeó Johnny, tenso--. Hay que entrar ahí. Veamos si nuestras credenciales de Prioridad Absoluta nos sirven de algo en este caso...

Se acercaron a la cámara hermética. Otra vez sintió Johnny el inquietante hormigueo en su cerebro, pero trató de aislarse, de no pensar en nada, y actuar a toda prisa.

La puerta poseía una ranura. Introdujo en ella su tarjeta de prioridad. Esperé crispado, apretando con fuerza la mano de Kate, expectantes ambos.

—Dios mío...—suspiró ella—. ¡Mira! Se abre...

Era cierto. Johnny miró fascinado aquella pesada hoja de metal que se iba abriendo lenta, silenciosamente, franqueándoles el paso a lo más secreto, a lo más vital de aquel mundo obsesivo y cruel en que se hallaban inmersos.

—Vamos —susurró él con energía tirando de ella—. Adentro, Kate, sin demora...

Avanzaron hacia la puerta, ya abierta por completo. Dentro, una luz cárdena, fantasmal, era como una fascinante invitación para ambos.

Estaban tan cerca, que parecía ya imposible perder aquella batalla final. Y, sin embargo, ocurrió en el último momento. Cuando iban a pisar el umbral e introducirse en el Proyector, Johnny lanzó un alarido y se aferró con ambas manos la cabeza. Kate le miró asustada, pero también ella retrocedió, tambaleante, pálida, al sentir en su cerebro una oleada agresiva que la aturdía y laceraba.

—¡Nooooo! —chilló Johnny, agitándose convulso—. ¡Alguien está dañando mi mente, me quiere aniquilar mediante ondas mentales!

Logró en un esfuerzo supremo arrancarse el casquete negro y hacer lo mismo con el de Kate, arrojando ambos contra el suelo, rabiosamente. El dolor cerebral cesó de inmediato. Pero su alivio duró poco.

Repentinamente, un cerco negro se cerraba en torno de ellos. Una voz glacial advertía:

—No os mováis. Significaría la muerte inmediata.

Miraron en torno, alarmados. Era inútil luchar. Un cerco de uniformes negros y lustrosos se cerraba alrededor. Un número indeterminado de guardianes de élite les cubría con sus armas, amenazadoramente, cerrándoles toda posible evasión.

Estaban capturados. Vencidos sin duda alguna. Habían perdido la batalla final.

—Vais a ir a presencia del Gran Controlador —anunció la voz—. El personalmente desea vuestra muerte, pero antes necesita saber quiénes sois realmente, extranjeros.

* * *

Los inmensos, pesados portones, se abrieron para los prisioneros y su nutrida escolta armada. Caminaron por una vasta sala, antes de llegar delante de una escalinata. En su cima, sobre un soporte de cobalto negro en forma de prisma, reposaba algo luminoso que atrajo de inmediato la atención de Johnny y Kate.

Estupefactos, pudieron contemplar un espectáculo increíble. Aquel objeto que despedía luz era una especie de urna o pecera herméticamente cerrada, de la cual surgía luz ambarina. Dentro, una especie de líquido densos permitía flotar en su acuosa materia algo vivó, palpitante…, y horrible.

Era una especie de cabeza, de cráneo. Una masa encefálica envuelta en una tela o membrana translúcida y sutil. Se veía palpitar aquel cerebro bajo la fina membrana, destacando unos ojos saltones,

vidriosos y repulsivos, que miraban alternativamente a unos y otros con maligna expresión de inteligencia. Debajo de esa especie de carátula sumergida y horrenda, sólo brotaban unos pocos tentáculos diminutos, delgados y retorcidos, a guisa de soporte o cuerpo y extremidades a la vez: Todo ello de materia gelatinosa, blanda y lívida, que palpitaba pesadamente dentro de aquel agua luminosa y turbia.

—Dios, ¿qué es eso? —murmuró Johnny, estupefacto y horrorizado.

—Inclinaos, herejes —ordenó la áspera voz del jefe de los guardianes—. ¡Estáis en presencia del propio Gran Controlador! ¡Inclinaos, malditos!

Les empujaron, haciéndoles caer de rodillas y cabizbajos, a puntapiés. Aun así, Johnny no dejó de mirar hacia la urna vidriosa con su espantoso contenido viviente. De un amplificador invisible surgió una voz metálica y fría de chirriante entonación, al mover simultáneamente unes delgados, exangües labios la faz del pequeño monstruo de la urna:

—Soy el Gran Controlador. Mi poder es total y absoluto. Estáis en presencia de un ser superior, cuya apariencia física no debe engañaros. Soy producto de las mutaciones habidas en la raza humana tras el holocausto nuclear, pero logré prolongar mi vida químicamente durante siglos, y mi débil cuerpo posee la mente más poderosa del mundo. Controlo a todo y a todos, y gobierno con férrea energía mis dominios. Sois herejes intrusos, traidores y enemigos. Debéis morir ambos. Pero antes decidme de dónde venís y qué pretendíais combatiendo mi poder omnipotente.

—Venimos de otro siglo, antes del holocausto, pero yo soy mucho más viejo que tú, torpe remedo de criatura viviente —acusó Johnny con aspereza—. Tengo cuatro mil años de experiencia y de vida. Y te aseguro que no me vencerás con tu maldito cerebro encerrado en una pecera. Eres un simple parásito que sigue queriendo ser alguien y se cree invencible. Pero yo sé que eres débil y sólo te basas en tu fuerza mental que posees, ampliada sin duda gracias a computadoras y ordenadores.

—Ofendes al Gran Controlador, extranjero —advirtió la voz metálica—. Eso sólo basta para morir, si no fuese porque ya estáis ambos condenados a muerte de antemano. Este es vuestro fin.

Proceded a ejecutarles. Aquí se termina tu larga vida…

Johnny vio avanzar hacia ellos a los guardianes de élite, dispuestos a cumplir a sangre fría la sentencia dictada por su todopoderoso señor de la urna líquida. Rebelde, dispuesto a vender cara su vida, Johnny les ganó por la mano, en un esfuerzo titánico, desesperado.

Aferró al más cercano guardián situado junto a él, y le puso como escudo ante sí, cubriéndose con él, mientras tomaba a Kate por una mano y la situaba a su espalda. Los guardianes se quedaron un momento desconcertados. Johnny lo aprovechó para arrebatar el arma al que capturase, y dispararla con celeridad contra el único objetivo que le preocupaba: el recipiente luminoso donde flotaba la criatura viviente, el Gran Controlador.

Algo que, sin duda, jamás hubiera osado hacer uno de los guardianes, ya que todos parecían dominados mentalmente a través de los casquetes metálicos. Y que él, al llevarlo a cabo, sorprendió a todos con su acto agresivo.

Arriba, la urna luminosa se hizo añicos al recibir la carga desintegradora a máxima potencia. Un alarido brutal escapó por los amplificadores, y el rostro lívido y gelatinoso se distorsionó entre fragmentos de vidrio y raudales de líquido-fosforescente, mientras el cerebro palpitante estallaba hecho añicos.

—¡He terminado con el Gran Controlador, Kate! —aulló Johnny, jubiloso.

Y, atónito, comprobó en ese momento que todos sus adversarios, aquellos feroces guardianes de élite seguían siendo un adversario demasiado numeroso para soñar en vencerlo, y de quienes esperaba ahora la inevitables venganza por la muerte de su amo y señor, se quedaban totalmente rígidos, quietos, como petrificados por alguna magia ignorada y fantástica.

Miró en torno, asombrado. Soltó al guardián a quien tomara cautivo, y se le fue al suelo, como un maniquí, rígido y sin señales de vida. Los rostros de todos ellos aparecían inmóviles, los miembros rígidos, el cuerpo estirado. Nadie se movía.

—Dios mío, creo entenderlo. Kate… —murmuró el joven, aturdido—. Esta gente que parece humana…, ¡no lo es! ¡Son todos *androides totales!* ¡No sólo los de aspecto metálico, sino también los falsos humanoides…! ¡Están hechos de plástico, no hay duda!

Y para comprobarlo, disparó con escasa potencia contra uno de los petrificados guardianes. Su piel se abrasó.... y debajo aparecieron circuitos, electrodos y cables. Eran autómatas, androides con apariencia humana y nada más.

—¿Crees que toda esta ciudad, sus habitantes, son iguales?— susurró Kate.

—Estoy seguro de ello. Sólo Ury y sus amigos son humanos. Sólo ellos existen aún..., y esto les pertenece, ahora que «eso» ya no existe. —Y señaló el cuerpo sin vida, los residuos repugnantes de un cuerpecillo gelatinoso y un cráneo superdesarrollado, entre trozos de vidrio y regueros de líquido luminoso, deslizándose por los negros escalones de aquel siniestro trono de poder tiránico.

—Johnny, tal vez podamos ahora..., viajar hasta Andrómeda sin problemas.

—Al menos, vamos a intentarlo ya. Ahora mismo, querida. ¡En marcha, dejemos este mundo de robots y de horrores! Ahora, los verdaderos humanos que sobreviven en los bosques, podrán ser felices, dueños de suS destinos, de, su pobre mundo caótico...

Regresaron al Proyector. Entraron en él como antes estuvieron a punto de hacerlo. Dentro, en la cámara de luz cárdena, les esperaba una cápsula de material cristalino, con varios compartimientos en su interior. Encima de esa cápsula, en lo alto de la bóveda metálica, aparecía una especie de proyector apagado, asentado sobre la misma. Johnny examinó unos mandos en el muro. Estaban cifrados con fechas, distancias en millas o en millones de ellas. Y también en años-luz. Y en millones de los mismos...

Arriba, Kate —pidió—. Yo también subiré ahora. Voy a conectar el dispositivo automático Creo que con situar la distancia de dos millones de años-luz y centrar el punto de llegada a Andrómeda en el planeta Kron, a través de este microordenador incorporado, será suficiente. Eso espero, Dios lo quiera. O nos perderíamos para siempre en el espacio...

Conectó los botones que indicaban todas esas cosas. En un plano espacial luminoso que apareció en una pantalla al conectar él un resorte destinado a «viajes intergalácticos», situó la galaxia de Andrómeda, luego señaló el planeta Kron en el ordenador, y esperó, tras tenderse junto a Kate, dentro de la cápsula cristalina.

La luz Brotó a chorros del proyector de arriba, bañando en

claridad resplandeciente a ambos jóvenes y el receptáculo transparente en que se hallaban situados.

Esa luz se hizo cegadora, les envolvió por completo como si fuese una capa sólida y se sintieron transportados por ella a alguna parte. Luego, sus cuerpos cobraron una ligereza increíble, dejaron de sentir, de ver y oír, y supieron que el gran viaje a través del espacio comenzaba.

Dos millones de años-luz, recorridos en escaso tiempo por unos cuerpos convertidos en simple energía, en átomos disparados hacia el infinito a velocidad increíblemente superiores a la luz y a todo lo conocido, acaso más rápidos que el propio ritmo del Universo.

Su mente se hundió en aquel vacío absoluto e insensible. No supieron cuánto tiempo duraba aquello, si es que el tiempo existía cuando se viajaba de aquel modo a través del Cosmos.

Fue como un rápido sueño. Y al despertar, en un mundo desconocido, remoto y fantástico.

Un despertar saludado por una tenue, susurrante voz musical, brotando de labios de mujer:

—Bien venidos a Kron. Volvemos a vernos, faraón Atonamhat I…

Johnny Kronos supo que al fin lo había conseguido, cuatro mil años más tarde. Estaba de nuevo ante Astrix, la Gran Maestra de Andrómeda. Como una remota noche allá en Menfis, perdida ya en la otra noche inmensa de los tiempos…

## Epilogo
## EL PASADO

El padre O'Rourke alzó su cabeza, sorprendido. Miró a la puerta.

Era Navidad. Los niños de Brooklyn, los desheredados de la fortuna, cantaban villancicos bajo el árbol. El padre Callaghan repartía comida caliente a los pobres del distrito. Y regalos para sus familiares. Y juguetes para los pequeños...

Era hermoso todo. Pero también era hermoso ver aparecer allí, de repente, a aquella joven pareja, sonrientes ambos, cogidos de la mano, mirándole risueños.

—¡Johnny Kronos! —gritó, corriendo hacia ellos con toda la rapidez posible de sus cansadas y viejas piernas—, ¡Kate, querida! Hijos míos, ¿de dónde salís? ¿Cómo habéis regresado? Mi hermano me dijo que...

—Su hermanó no le mintió, padre —sonrío Johnny, parándose ante él y besando la mano del sacerdote afectuosamente—. Fuimos enviados *allá*. Es cierto.

—¿Entonces...? —parpadeó el padre O'Rourke, aturdido—. No me ha dicho más. Estaba asustado, preocupado... Decía que otra vez fracasaba, que no podía haceros regresar del futuro...

—Tal vez sea así. Pero hemos regresado. Alguien con mucho poder lo hizo.

—¿Astrix otra vez? —arrugó el ceño el cura.

—Sí. Astrix otra vez, padre. Ella tiene poderes especiales. Pero no tema. No es el diablo. Ni tan siquiera una diosa. Ella conoce al mismo Dios que usted pregona y difunde. Al que nosotros pedimos ayuda en nuestra aventura. Dios existe en el Universo, Muchas criaturas de lejanas galaxias lo saben y le respetan.

—Pero ¿cómo pudo haceros regresar? ¿Por qué a esta época precisamente?

—Porque yo se lo pedí. Es el presente para mí. El pasado para los pobres humanos que vivirán en el futuro terrible y poco esperanzador El futuro para los que como yo, vivieron en épocas remotas… Pero eso se acabó ya también para mí, padre.

—¿Quieres decir que ya no…?

—Eso es, padre. Ya no. Ella me lo ha concedido. Vuelvo a ser humano, mortal. Ahora empezaré a envejecer de verdad, sin vuelta atrás, sin reencarnaciones. Seré solamente Johnny Kronos, Y cuando termine mi vida, habrá terminado todo.

—Dios te ayude, hijo. Te deseo una vida larga, muy larga…

—No creo que lo sea demasiado, padre —sonrió tristemente Johnny—. Sólo lo suficiente para ser feliz junto a Kate y hacerla feliz también a ella… Dentro de algunos años, todo esto de ahora no existirá ya, ahora lo sé. Algo acabará con todos, nosotros. Cuando ese día llegue, si Kate y yo seguimos vivos y somos dos respetables sexagenarios, nos iremos a la eternidad dichosos por la existencia vivida juntos. Por eso hemos vuelto a nuestra época. Para vivir lo que resta felizmente. Y para que sea usted, padre O'Rourke, quien nos una en matrimonio. '

—Hijos míos… Las lágrimas se agolparon en los ojos cansados del viejo sacerdote—. Con mil amores. ¿Cuándo queréis esa boda?

—Hoy mismo, padre. Ahora. Es Navidad, ¿no? También nace algo nuevo para nosotros. Es una buena fecha para ser marido y mujer.

—Venid hijos, venid. Uníos a nosotros en la festividad del Señor. Os casaré de inmediato. Y cantaremos juntos en gracias a Dios. Venid, venid…

Johnny asintió, sonriente. Miró a Kate. Y ella a él. Se presionaron las manos que, como siempre, apretaban el uno al otro con fuerza. Y echaron a andar detrás del padre O'Rourke, camino del altar donde serian maridó y mujer. Donde empezarían, de verdad y por una sola vez, su existencia en común, hasta que la muerte los separase, como

a todos los seres humanos.

FIN






EDITORIAL BRUGUERA
Precio en España 60 pts